12.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS

EN LA RECEPCION PUBLICA

DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ LORENZO FIGUERÓA.

EL DOMINGO 30 DE MAYO DE 1869.



MADRID:

IMPRENTA DEL COLEGIO NACIONAL DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
calle de San Mateo, núm. 5.

1869.

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ LORENZO FIGUEROA.

Señores:

Llamado por vuestra benevolencia, y no por mis méritos, á formar parte de esta ilustre Corporacion, he de cumplir el precepto reglamentario que me impone el deber de dirigiros la palabra en este dia, antes de concederme la honra de tomar asiento entre vosotros.

Y he de cumplirle, sin hacer el exordio y la laudatoria que es de costumbre en tales casos, por la excepcionalidad del mio.

Generalmente se allana el acceso á las Academias por la desaparicion de algun hombre ilustre, á quien la Providencia, en sus impenetrables designios, quiso arrebatar á los trabajos científicos y á los combates de la vida.

Yo no estoy en esta situacion. Yo no tengo el quebranto de tropezar á mi ingreso con un sepulcro, ni el de verter lágrimas sobre despojos mortales.

En este acto todo es obra de la voluntad humana.

Si por este motivo apareciese como algun tanto desnudo de esa solemnidad y de esa especie de grandeza, que realzan á otros en que interviene el Cielo de un modo mas directo, consolémonos con la idea, de que esta circunstancia nos exime del disgusto y del sinsabor con que vienen, por lo comun, mezclados todos los sucesos de la vida, y especialmente estas recepciones.

Permitidme, pues, que sin otros preámbulos pase á razonar sobre el tema de este discurso, que es el de...

LA SOCIEDAD Y EL SOCIALISMO.

—

La sociedad progresa y camina lentamente hacia una perfeccion relativa dentro de los límites, trazados por la mano de Dios, á los destinos del mundo.

El *socialismo* se aventura en proyectos de una perfeccion absoluta y de una felicidad sin límites, que no puede realizarse en el órden visible, y que huirá siempre delante de él, como un fantasma que cree descubrir y á que nunca puede llegar.

Entre el mundo de las realidades y el mundo de las abstracciones hay siempre un abismo. El hombre posee una facultad creadora en el órden de las ideas de que carece absolutamente en el mundo de los hechos. Su razon le descubre estos últimos y le lleva á la abstraccion y á las generalizaciones. He aquí ya un género de creacion intelectual y por consiguiente de creacion humana. Su fantasía le arrebata á concebir en todo órden de ideas los tipos mas perfectos de las cosas, las imágenes mas atrevidas, mas bellas, mas seductoras, y mas grandiosas. He aquí otra creacion del hombre; pero nada de esto tiene realidad en el mundo visible. El hombre, que no puede crear un átomo de materia, no puede tampoco dar vida al hecho social mas insignificante. En ambos mundos, en el físico, y en el espiritual, está sujeto y encadenado á los hechos que constituyen la creacion, y á las leyes que la rigen. Su razon, su espíritu, su fantasía, su entendimiento y sus instintos solo pueden aspirar á comprender esa naturaleza y esas leyes que rigen su destino, para no contrariarlas y aun para favorecer su accion en la pequeñez de sus fuerzas.

Cuando en el desvanecimiento de su orgullo, ó en la ignorancia de su naturaleza y de sus leyes, se separa de la regla que debe dirigir su vida, su accion, y sus destinos, no produce mas que quimeras y absurdos en el órden de las ideas y no engendra mas que mónstruos, en el órden de las realidades.

Los *socialistas* que pretenden llevar á la sociedad una paz

inalterable, un bienestar sin límites, y una perfeccion absoluta, corren tras una ilusion, tras una quimera que solo puede traer en pos de sí, el desengaño de grandes infortunios.

El deseo de la mejora y de la perfeccion es natural, sin embargo, en el hombre. Este se halla constantemente herido con el espectáculo de la imperfeccion de todo lo que le rodea, de todo lo que siente, de todo lo que ama, y de todo lo que concibe. Examinando su entendimiento, observa el error mezclado con la verdad, la confusion, las vacilaciones, la duda y todos los tormentos intelectuales del espíritu. Observando su alma, vé una mezcla confusa de buenos y malos afectos, de tiernos y de feroces instintos, de pasiones bajas y sublimes. Si examina los hechos exteriores del mundo físico, observa la misma imperfeccion y vé en medio del órden, de la regularidad, el concierto, y la armonía magestuosa del universo, dolorosas irregularidades, grandes y terribles cataclismos que le conmueven y trastornan. Si lleva su ánimo al estudio de la humanidad, la vé afligida por el dolor, las enfermedades y la muerte; y si al mundo moral, contempla en el revuelto torbellino de la historia los crímenes y las virtudes, la grandeza y la pequeñez, la verdad y el error, el bien y el mal, siempre mezclados en el confuso océano de los sucesos. Si dirige su vista á la sociedad vé por dó quiera el error, la maldad, la injusticia mas repugnante, el lujo excesivo de los unos y la miseria de los otros, de un lado el refinamiento del placer, y de otro la cicuta emponzoñada de los dolores, aquí el crímen triunfante y allí la virtud perseguida, ya la verdad menospreciada y ya el error victorioso; y siempre y en todas partes la duda, las vacilaciones, la infijeza, el cambio, la instabilidad, el trastorno y la destruccion.

Herida la humanidad con el espectáculo contínuo de todas las imperfecciones, no puede asociarlas con las ideas de su espíritu y con el tipo de la perfeccion que lleva á todas partes dentro de sí. Vive agitada, sufre, se atormenta y un impulso irresistible le arrastra á poner en todas sus obras el sello de ese ideal que concibe su razon y que abulta su fantasía.

Y no se desanima el hombre en esta carrera por los desengaños sufridos en el curso de las edades y en toda la sucesion de los siglos y de la historia. Se imagina que por sus esfuerzos

se abolió el régimen de las castas, y sucede el de la esclavitud. Vé destruida la esclavitud del mundo antiguo, y concibiendo la ilusion de que esa mejora es obra suya, prodiga vítores y aplausos al poder de la humanidad y se engríe con el triunfo. Pero observa que al esclavo antiguo sucede el siervo de la edad media, á quien mira como una simple transformacion del esclavo.

Por el movimiento de los sucesos y el curso de la historia tienen término la edad media y las servidumbres feudales, tomando orígen esta magnífica civilizacion del siglo XIX, cuyas grandezas admiramos en medio de sus terribles estravíos; y cuando el hombre creyó producir un portento social de justicia, de ventura, de igualdad, de riqueza y de perfeccion, he aquí que se levanta la figura espantable del *proletario* con sus miserias, con sus dolores, con su desesperacion y con sus amenazas. Y en todo esperimenta iguales desengaños. Quiere establecer la libertad política y solo engendra tiranías. Cree instituir la igualdad y resulta la explotacion entre los hombres. Funda la libertad de comercio y aparece el monopolio. Cree destruir las castas, la esclavitud, la servidumbre, los privilegios, la miseria y las opresiones; y solo es poderoso á variar la significacion de algunas palabras del diccionario de la ciencia.

La humanidad se agita de nuevo y se atormenta con tal espectáculo y no pudiendo comprender esta antítesis entre el ideal de su razon y las realidades del mundo ¿qué es esto? esclama, ¿soy absolutamente impotente para el bien? ¿Ha de gemir siempre en el dolor, en la miseria, en la ignorancia y el embrutecimiento el mayor número? ¿No han de asistir mas que unos pocos privilegiados al convite de la vida? ¿He de renunciar para siempre á esa perfeccion que contemplo como el fin, como el término de mi destino? ¿No es posible en el mundo sino la trasformacion del mal con formas diversas? ¿No he de ver realizados nunca sino la injusticia y la opresion con nombres diferentes? ¿No es la práctica del bien y del derecho el destino de la vida humana? ¿Me engaña esa voz íntima de mi conciencia que me arrastra á la perfeccion, al bien y á la justicia? ¿No hay un fin moral y una Providencia? ¿Este mundo y los demás que constituyen la gran máquina del universo, serán tan solo juguetes arrojados á la inmensidad del

vacío para entretener el ocio de una Deidad inexorable que se llama el *Acaso*, ó de un destino ciego que se denomina *Fatalidad?*

Ofuscada con estas dudas, pervertida su razon con el espectáculo de las miserias, de los dolores, de las lágrimas y el infortunio que la afligen, no oye la sencilla pregunta que le dirige el poeta, y que resume toda la filosofía espiritualista y secular, que hasta ahora ha dirigido los espíritus;

«¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?»

Al ver la impotencia de la voluntad humana para poner por obra esa perfeccion y ese ideal cuya práctica en la vida es el deseo y el tormento de nuestro espíritu, los hombres toman diferentes sendas.

El mayor número, desesperando de la posibilidad y de la realizacion del bien en esta vida, aplaza toda esperanza para otra mas venturosa, se entrega á la contemplacion y condena al mundo á la inmovilidad.

Los demás siguen un camino de todo punto opuesto.

En vez de abatirse ante el espectáculo de la impotencia humana para producir el bien sobre la tierra, se irritan. En vez de desalentarse, cobran nuevo aliento y vigor. Su fé en la inteligencia, en la voluntad, y en el poder del hombre es invencible.

Para los unos el bien es hacedero en esta vida con tal que no nos separemos de las verdades eternas inspiradas al hombre por el medio de la conciencia, ó de la revelacion.

Para otros el mal consiste en que una falsa filosofía y unos sacerdotes bastardos han impelido á las sociedades fuera de la senda trazada por los designios de Dios.

La filosofía espiritualista y el catolicismo, segun ellos, introducen la guerra entre la Iglesia y el Estado, y entre el espíritu y la carne.

De estos orígenes vienen todos los males. Para realizar el bien, es preciso destruir la Iglesia, ó las Iglesias, es decir todo culto religioso, rehabilitar la carne y santificar las pasiones.

En este estado de confusion, de dudas, de incertidumbre, de desvaríos y de desórden moral é intelectual del espíritu humano ¿qué nos corresponde hacer? ¿qué debemos pensar?

¿De quién esperarémos la luz, la verdad, la mejora, el progreso, y la perfeccion compatible con nuestra naturaleza y la de las sociedades humanas? ¿Nos abandonarémos á la inaccion y á la inmovilidad, creyendo que no es posible ningun bien, ni ningun progreso? ¿Aspirarémos á las perfecciones absolutas á que nos convida el socialismo moderno, esperando algun bien de esas doctrinas que empiezan por negar lo sobrenatural, y la moralidad de las acciones, y santifican los apetitos mas viles y groseros, estableciendo sobre principios y hechos contrarios á la naturaleza un órden social, sueño de imaginaciones febriles, elucubracion bastarda de espíritus corrompidos, escándalo del mundo y ludibrio de Dios?

Y si no es lícito esperar el bien de esos socialistas, confiaremos en algunos otros forjadores de utopías, ó en algun otro nuevo vendedor de elixires? Y si ni los socialistas conocidos hasta hoy, ni los que se pueden conocer mas tarde nos han de dar el bien, ni la perfeccion ¿de dónde los recibirémos? Está condenada la humanidad á no obtener el progreso, ni la mejora, ni la perfeccion de que es susceptible, sino de los sistemas socialistas? ¿No hay algun otro medio y alguna otra esperanza que nos revele la razon, que nos atestigüe la historia y que la Providencia, y las leyes naturales que dirigen los destinos del mundo, hayan empleado hasta hoy?

He aquí el tema filosófico é histórico que me propongo desenvolver en este dia con suma brevedad, ante la ilustre Corporacion que me ha favorecido con la insigne honra de llamarme á su seno.

La sociedad ha progresado casí incesantemente así en el mundo antiguo, como en el moderno, sin que ningun bien, ni mejora, ni adelanto, ni progreso, ni perfeccion la haya debido á los socialistas.

Cuando adopta cultos absurdos, instituciones viciosas, principios inmorales é ideas contrarias á todo progreso, se estaciona, decae y perece, como sucedió á Grecia la sábia y á Roma un dia la señora del mundo.

Los socialistas no salvan á esos pueblos. Los acompañan gozosos en su decadencia y decrepitud, aplauden sus vicios, son los cortesanos de sus miserias, tal vez aspiran á añadir creces á la pesadumbre del mal, y asisten, por último, á sus

funerales, sin comprender la causa de aquel terrible suceso que los sorprende y los asombra.

Por el contrario cuando la sociedad acepta una religion de amor, de fraternidad y de caridad entre los hombres, cuando con estos principios se mejoran las costumbres, se dulcifican los afectos, se eleva el alma, se robustecen los santos lazos de la familia, se reconoce el derecho de la propiedad, y la dignidad humana; entonces las sociedades se asientan, crecen, prosperan, se mejoran y reciben lentamente esa perfeccion que es compatible con su naturaleza, sin que los socialistas puedan hacer otra cosa con sus vanas teorías, que perturbar su desarrollo y el curso natural de los sucesos que la conducen suavemente al bien, y á la prosperidad.

Para que se comprendan nuestros principios con toda claridad y para no ofrecer asidero á ridículas declamaciones, fundadas en alguna supuesta exageracion ó intemperancia de nuestros juicios, estableceremos, antes de proseguir, una distincion muy importante.

No queremos decir que la inteligencia y la voluntad humanas sean absolutamente impotentes para influir en el bien de los hombres, ni para ejercer su accion de algun modo en beneficio de los Estados. Lo que establecemos es que las teorías con que se intenta modificar y transformar súbitamente á la sociedad en sus bases fundamentales son vanas é inútiles para el intento; y que esas transformaciones que cambian las ideas del espíritu humano, las costumbres, la propiedad, la religion, la condicion de las clases, la familia, la suerte de los hombres y todo el modo de ser, de vivir, y de moverse la sociedad, nacen de la accion de los siglos, del movimiento del espíritu humano, de los sucesos varios de la historia, del curso de la civilizacion, de las leyes naturales que rigen el mundo, que unos llaman *fatalismo*, otros fuerzas vivas de la *naturaleza* y que la filosofía espiritualista y el cristianismo han denominado *Providencia*, ó lo que es lo mismo Dios y las causas secundarias que son sus ministros.

El hombre puede sin duda influir de algun modo en los destinos de la sociedad, ya mejorando las leyes, ya introduciendo formas mas perfectas de gobierno, ya reformando la administracion, ya perfeccionando las condiciones económi-

cas y civiles de los pueblos. Estos son los reformadores que en realidad nada tienen que ver con los que llamamos *socialistas*, que se proponen cambiar de repente la sociedad en su esencia, en sus bases mas sólidas y fundamentales.

En todo tiempo han existido hombres propensos á la reforma, al cambio de lo existente, al progreso mas ó menos rápido de las instituciones y de las leyes, que rigen la sociedad ó, por mejor decir, al Estado.

En todas las épocas hay otros que propenden mas á la conservacion de lo existente y que solo aspiran á introducir aquellas reformas, cuya conveniencia y necesidad esté demostrada por el tiempo, por los abusos y por el clamor general de los pueblos.

El deseo del movimiento, y el del reposo, el de la reforma y el de la conservacion son dos necesidades que coexisten siempre en el espíritu humano.

De esas dos tendencias naturales toman orígen los dos partidos que siempre luchan entre sí por el dominio del gobierno y de la sociedad. Su existencia puede considerarse como un producto de la naturaleza humana, puesto que nacen de dos diversas inclinaciones de la humanidad.

De esos partidos se vale la Providencia para el régimen del mundo; esos dos partidos son, sin saberlo, instrumentos de la accion providencial que vela por nuestros destinos; pertenecen al género de esas *causas secundarias* que admiten la filosofía espiritualista y el cristianismo mas ortodoxo, para esplicar los fenómenos y sucesos de la vida.

Si no existieran mas que hombres que todo lo intentaran reformar, se harian mas reformas de las convenientes y todo fuera cambio sucesivo, incesante, perpétuo, instabilidad, infigeza, trastorno, utopía del porvenir, amor de lo desconocido, fiebre de novedad y locura.

Si solo hubiese hombres conservadores, se mantendrian en todo tiempo las leyes, las instituciones, las costumbres, los hábitos y todo órden de cosas, las mas añejas, las mas atrasadas, las mas discordes con la cultura, con la civilidad y el progreso del espíritu humano. Todo fuera inaccion, apatía, abatimiento, vetusted, utopía de lo pasado, sueño de lo que huyó, inmovilidad y miseria.

He aquí nuestra esplicacion de las diversas tendencias del espíritu humano y de los partidos reformistas y conservadores. Nosotros preferimos siempre y tenemos por mas verdaderas las teorías que enaltecen, que dan grandeza y que subliman las cosas humanas, que no las que las rebajan y las prostituyen; y no hay forma mas noble y verdadera de esplicar el orígen de los partidos políticos, y de justificar su elevada mision en el mundo que la de hacerle arrancar de las mismas leyes providenciales.

Por lo demás es evidente que nada tienen de comun con los *socialistas* los reformadores á que aludimos.

Estos intentan introducir mejoras en el Estado, partiendo de los principios que sirvieron siempre de fundamento á la sociedad; y aquellos prescinden de la naturaleza religiosa del hombre, de la moralidad de los actos humanos, de la familia, base de toda asociacion humana, de la propiedad orígen de todo estímulo, de toda competencia y de toda actividad, de la subordinacion de los sentidos y de la carne á la reflexion y al espíritu, orígen de todo decoro, de toda decencia, de toda honestidad y toda grandeza.

Ahora bien; establecida esta distincion entre los reformadores y los socialistas, y esplicado el influjo que pueden ejercer la inteligencia y la voluntad humanas en el bien de los estados y de las sociedades, examinemos si los grandes cambios, si las inmensas transformaciones que ha esperimentado la humanidad, si la mejora, el progreso y la perfeccion que han recibido las sociedades se debieron á las teorías socialistas en alguna época de la historia.

Para hacer este exámen empezarémos por el gran socialista del mundo antiguo, por Platon, aunque esponiendo sus ideas con rapidez suma, como lo exijen las breves dimensiones de un discurso.

Platon proclama la necesidad de la esclavitud, consagrándola como el fundamento de un pueblo libre, que debe emplear todo su tiempo en la política; y sella con el estigma del envilecimiento á todos los que ejercen las profesiones laboriosas, es decir, á todos los que se dedican al trabajo, á la industria y al comercio. Divide á los ciudadanos en tres clases, la de los mercenarios, ó la multitud que comprende los trabajadores, los

artesanos y los mercaderes, la de los guerreros, que defienden el Estado, y la de los sábios ó magistrados. Estas últimas clases son las que merece su atencion. La primera es despreciable para él. Su sistema de gobierno es una oligarquía de soldados y sábios.

Para que la ambicion ó el amor de las riquezas no induzca á estos seres privilegiados á oprimir el cuerpo político, han de ser mantenidos en comun, y en la frugalidad mas austera. Para la perfeccion de esta raza de guerreros y sábios adopta las diligencias mas esquisitas, á fin de que se escluyan de la clase á todos los que no parezcan dignos de figurar en ella por falta de hermosura física ó de condiciones morales.

Los medios que propone para esta perfeccion ideal son absurdos, é inhumanos. En vez del matrimonio establece la union anual entre los dos sexos que facilite el cruzamiento frecuente de las razas y por este medio productos de una cualidad superior. La suerte arregla al parecer estos concubinatos temporales y pasageros; pero en realidad los sábios por ciertos fraudes patrióticos, ó como si digeramos de *cancillería* los combinan de la manera mas propia, para que ofrezcan prendas de reproduccion esmerada.

Por el sistema de Platon los hijos no conocen nunca á sus padres y son depositados desde su nacimiento en un asilo comun, donde se amamantan con nodrizas públicas. En el cuerpo de los guerreros no hay mas que una sola familia: todos los miembros viven en comun y unidos por el lazo de un parentesco presunto ó hipotético. Los privilegios del nacimiento, el cariño de la familia, las dulzuras y las ilusiones inefables del amor maternal, todo desaparece en ese conjunto, en esa especie de panteismo social absurdo y abominable.

La educacion de la muger no difiere mucho de la de los hombres. Aprende como ellos el arte de la guerra, se familiariza con los peligros y el espectáculo de la muerte, y se entrega á los ejercicios gimnásticos en una casi absoluta desnudez, que el filósofo supone, será muy casta.

Los hijos mal constituidos, ó defectuosos, y los que nacen fuera del concubinato legal, sufren la muerte, y hasta se prescribe el aborto obligatorio á las mugeres que conciben despues

de los cuarenta años de edad, porque no dan fianza de producir frutos de vigorosa constitucion.

Por supuesto que este filósofo declara incompatible la propiedad con la perfeccion á que debe aspirarse; y la presenta como el orígen de todos los males que afligen á la sociedad, es decir, la avaricia, la ambicion, el egoismo, los odios, las venganzas, el envilecimiento de las almas y todas las pasiones mas viles y antisociales.

Véanse los delirios y los absurdos que proclama el discípulo de Sócrates, cuando se empeña en transformar la sociedad, sin embargo de ser el filósofo mas grande de los tiempos antiguos.

Desconoce las leyes fundamentales de la humanidad, y creyendo exaltarla al nivel de los Dioses, la coloca mas abajo del nivel del bruto. Consagra la odiosa institucion de la esclavitud, condena al desprecio á la generalidad de los hombres dedicados al trabajo útil y productivo, perpetúa una odiosa raza de privilegiados y dominadores por el medio inmoral y abominable de la promiscuidad y del contínuo concubinato, y la purifica y perfecciona por el infanticidio y el aborto. Los afectos mas delicados, tiernos y sublimes del alma son incompatibles con su bárbaro sistema. En él desaparecen el amor conyugal, las ternuras maternales, el pudor, el encanto de la muger doméstica, los alhagos apacibles de la familia y del hogar, las artes, la poesía, todo lo que embellece el corazon, y todo lo que hermosea la sociedad y la vida humana.

Véase, como los socialistas aplauden los vicios, los errores, y los defectos de la sociedad en que viven y no presienten la verdadera mejora, ni el bien que vendrá en su dia por el curso de las leyes providenciales, sino que aumentan creces al mal de una falsa civilizacion.

Platon cree necesaria é inestirpable la esclavitud, y al mismo tiempo perjudicial y artículo de lujo, el amor materno. Condena á perpétuo desprecio á las clases trabajadoras, y prescribe como virtud el aborto y el infanticidio.

Pero mi objeto no es juzgar los sistemas socialistas, sino probar que no se deben á ellos la mejora, y la perfeccion relativa de la especie humana.

Se me permitirá, sin embargo, hacer aun mas patente uno

de los errores en que incide el gran pensador socialista de la antigua Grecia, por ser un testimonio irrecusable del estremo á que llega el delirio de los que se proponen reformar la sociedad, sustituyendo los caprichos de su fantasía á las leyes de la historia, y de la Providencia.

¿Se conoce en la humanidad, ni pueden concebir la imaginacion, la inteligencia, ni el sentimiento, nada mas tierno, mas bello, mas grande ni mas sublime que el amor de una madre á sus hijos? Pues he ahí la belleza humana que pretende estirpar Platon.

Esa mujer que vive para el fruto de sus entrañas, que hace suyas sus lágrimas, sus dolores, sus alegrías, y sus tristezas, que espondria su vida para salvar la de su hijo, que no quiere, ni puede vivir sin él, y que no concibe su existencia despues de la muerte de aquel que le debió la vida, ese ser todo bondad, todo amor, todo ternura, desinterés, abnegacion, heroismo y grandeza; ese ser que vive, y muere, y alienta por otro y para otro; ese ser de inefables ternuras, y de sublimes sacrificios; ese que mas bien parece un ángel que un ser humano, y que jamás han tenido el pincel, ni la poesía, ni ningun arte ni ingenio, colores, voces, ni espresion, para pintarle en toda su inmensa sublimidad; ese ser parece á Platon cosa comun é indigna de respeto; y mientras cree que no se puede libertar al esclavo, considera que la humanidad puede prescindir de la madre.

A mi me parece tan pequeño, tan mezquino, y tan antifilosófico el discípulo de Sócrates en este punto, como que siempre me ha causado estrañeza el que los filósofos, que para confirmar el orígen divino y la suerte ulterior del hombre, se fundan en la elevacion de su inteligencia, y en su facultad de abstraer y de generalizar, no se apoyen tambien en la ternura, y en la sublimidad de los afectos humanos.

Y efectivamente ese ser susceptible de tan grandes, de tan dulces, y de tan sublimes afectos; ese ser capaz de la abnegacion mas pura, del desinterés mas elevado, del martirio y del sacrificio, ¿no nos dicen á gritos la razon y la conciencia que vive en la tierra, pero que está destinado al Cielo?

Dando término á este episodio, prosigamos en la materia del discurso.

¿Debieron algo la Grecia, ni el mundo antiguo al sistema de Platon?

No: las doctrinas consignadas en *La República* no ejercieron ninguna influencia en la política ni en el órden social del mundo antiguo.

La Grecia conservó la propiedad individual y la modificó, mejorándola á veces. No abolió al matrimonio: rindió culto á la castidad de la mujer, y al amor de la madre. La familia fué el fundamento de aquella sociedad y la poesía y las artes brillaron hasta el punto de ser Atenas la preceptora de la Europa.

Las doctrinas del libro de *La República* no ejercieron influjo en la política de la Grecia. Algunas ciudades de esta última y de la Sicilia le pidieron constituciones; pero las rechazaron despues, sin atreverse á aplicarlas. En otros casos se negó el mismo autor á proponer la práctica de sus teorías. El buen sentido de Aristóteles le indujo á refutarlas, é hizo ver los errores, las incoherencias, la contradiccion, la idealidad pura y las concepciones fantásticas de la teoría socialista. Toda la sabiduría antigua hubo de confirmar el juicio de Aristóteles; y á pesar de que el tormento contínuo de los Griegos fué la conciliacion de la libertad individual con la igualdad de los ciudadanos, problema de todo punto insoluble, juzgaron la teoría de Platon y su proyecto de reforma social, como el delirio de una imaginacion estraviada, como el propósito de una perfeccion quimérica.

Viendo Platon las objecciones y resistencias que encontraba su reforma, atribuia estos obstáculos á las preocupaciones, y al hábito; y escribió el libro de *Las Leyes* en que trata de conciliar la igualdad de las fortunas con la propiedad del individuo, que fué el objeto de todas las tentativas de Licurgo, Protágoras y demás legisladores griegos.

En este libro abandonó la idea de la comunidad de las mújeres y la mayor parte de las que ofendian la moral en el de *La República*; pero sin haberse convencido de su error, y como cediendo á las preocupaciones, debilidad é ignorancia de sus contemporáneos. Todos los socialistas son lo mismo: sienten compasion, lástima y hasta desprecio para la pobre humanidad que no comprende su grandeza y que tiene el capricho y la terquedad de no ser feliz á poca costa.

Pero es lo cierto que las ideas de Platon no hicieron ningun bien á la Grecia, sino que, por el contrario, le causaron el mal de alentarla en sus combinaciones absurdas del socialismo, y de la igualdad de fortunas en que estaba imbuida y como infatuada.

Y para que sea mas notable la falta de influencia de los libros de Platon, debe observarse que este no hizo otra cosa, al establecer el comunismo de la propiedad, de las mujeres, y de la vida, que deducir las consecuencias lógicas de los principios dominantes en aquella época y sin embargo, no pudo convencer á los Griegos. Platon fué lógico, pero no razonable. Sus contemporáneos prefirieron ser consecuentes y desecharon el sistema.

Sabido es que los romanos aprendieron la filosofía y todas las ciencias de los Griegos. El socialismo de Platon no tuvo nunca partidarios en Roma. En ninguna sociedad humana se han constituido nunca mas fuertemente que allí los santos lazos de la familia y la propiedad.

Estos se fueron modificando y dulcificándose poco á poco. Al principio no solo se estendia á las cosas materiales y á los esclavos, sino que tambien la esposa y los hijos eran propiedad del Gefe de la familia. Mas tarde este rigor se fué templando por las ficciones y las fórmulas de la jurisprudencia hasta que ya estendido el cristianismo, fueron personas la mujer y el hijo y aún se reconoció que la esclavitud era contraria á la naturaleza.

La sociedad romana, fué perfeccionándose poco á poco en cuanto lo permitian los falsos principios de aquella civilizacion; pero ninguno de sus adelantos se puede atribuir al *socialismo*.

Algunos de sus horribles dogmas, parece, que se introdujeron en la ciudad eterna, como el de la promiscuidad de los sexos y la santificacion de los placeres; pero la historia no nos dice si el culto de las famosas *Bacanales* se fundaba en algunos principios sociales ó políticos que se propagaran por aquel tiempo entre los romanos.

Todos sabeis las causas de la decadencia de Roma, y de la larga agonía de aquel imperio.

Mientras la unidad imperial se constituia, la Judea vió el orígen de una nueva doctrina que debia transformar el espíritu

humano y las sociedades. Muchos socialistas han pretendido referir á ella sus principios; pero esta pretension todos convienen hoy en que es aburda. Ningun hombre de recto juicio puede ver en las palabras que suelen citarse del Evangelio á este propósito, la condenacion de la propiedad. Jesucristo recomendaba la limosna y el abandono voluntario de las riquezas, y estos actos suponen el régimen de la propiedad individual.

No nos detendremos en los Esenios, los Terapeutas, los hermanos Maravos, los Pelagianos, los Albigenses, ni otras sectas religiosas. Seria imposible en un discurso. Nos es preciso llegar á los tiempos modernos.

Durante los siglos bárbaros todos conocen las causas que hicieron á la sociedad permanecer estadiza é inmóvil, sin que la sacaran de aquella postracion ni Carpocras y Epifanio en el siglo II, ni Porfirio, y Plotino en el III, ni ninguno de los novadores que aparecieron desde el X al XIV inclusive, dado que estos últimos merezcan el nombre de socialistas.

En el siglo XVI hay que buscar el orígen de esta escuela. Lutero, el terrible adversario de la autoridad en el órden religioso, fué al mismo tiempo el mas ardiente defensor de este principio en el órden temporal. Predicó la obediencia pasiva á todo poder civil y santificó el despotismo de los príncipes. Pero proclamado el derecho de resistencia y de exámen en materias religiosas, pronto habia de pasar de la religion á la política. Nicolás Stork y Tomás Münzar fundaron el *anabaptismo*, que al principio revistió una forma puramente teológica. Aun en el breve período en que solo se anunciaba como nueva teología, hizo patente su absurdidad, defendiendo el principio de que Dios oculta á los sábios las mas sublimes verdades y los misterios mas profundos, revelándolos tan solo á los pequeños y á los ignorantes, por lo cual consultaba á los artesanos, á las mujeres y á los pobres labriegos, los pasages oscuros de la Escritura.

Obsérvese con este motivo, cómo se parecen los fanáticos de todos los tiempos; cómo no es el presente el único en que se ha apelado á las muchedumbres para descubrir la verdad y para obtener el bien; cómo ya en otros siglos hubo quien las declarase los consejeros y árbitros en los negocios de la vida; y cómo en varias épocas de la historia se ha creido en la sabiduría y

aún en la infabilidad de la ignorancia. En el siglo XVI se demandaba á la multitud la interpretacion de los lugares mas obscuros de la escrituras. En otros se le proponen problemas de resolucion no menos difícil. El mismo Edipo quiere arrancar su secreto á la propia *Esfinge*. La respuesta será análoga, y el resultado semejante.

Transformándose el anabaptismo en doctrina política, predicó la igualdad absoluta, la abolicion de toda autoridad, el despojo universal, la comunidad de bienes, la rehabilitacion de la carne y de las pasiones, la destruccion de la familia, la poligamia, y todo género de absurdos y escándalos; de modo que despues no pudieron decir nada nuevo ni Owen, ni San Simón, ni Fourier, ni ninguno de sus continuadores hasta nuestros dias. Lejos de contribuir á la mejora de la sociedad, nos dice la historia que estos fanáticos trajeron en pos de sí una nueva barbarie en toda la Alemania.

En el mismo siglo XVI se publicó *La Utopía* de Tomás Morus (en 1516). En 1576 dió á luz Bodin su *República*, y en 1630 su *Ciudad del Sol* el célebre Campanella. Durante el siglo XVIII han propuesto al mundo planes de renovacion social, Morelly (1) Mably (2) Rousseau, Linguet, Brissot y algunos otros, que sin proponer sistemas completos de reforma, emitieron ideas contrarias á los principios fundamentales de la sociedad moderna.

No hay para que esponer las doctrinas de estos soñadores, ni fuera posible hacerlo en un discurso. Por lo general, no dicen nada que no hayan expuesto ya los socialistas antiguos, especialmente Platon.

Lo único que conduce á nuestro propósito es manifestar que el mundo no debe ningun beneficio á estos novadores; que ninguna reforma social de esas que transforman el estado de los hombres y la condicion de las clases se ha introducido nunca por las predicaciones socialistas; y que estas no han hecho otra cosa que producir perturbaciones, confusion, desórden y anarquía. Todos sabemos el influjo que las doctrinas de Rousseau

---

(1) La Basiliada y el Código de la Naturaleza.
(2) Tratado de la legislacion.

ejercieron en la revolucion francesa, aunque este no fué un *socialista* en el sentido rigoroso de la palabra, sino un misántropo declamador contra el estado social, ó un crítico contradictorio é inconsecuente de los que consideraba vicios sociales.

No es menos evidente que las máximas expuestas en la obra de Brissot (1) encontraron eco en aquella crísis terrible. El cinismo impudente y brutal en las relaciones entre los dos sexos, el saqueo erigido en sistema, el ateismo, los atentados contra la propiedad, la proscripcion del dogma de la inmortalidad del alma, y la apoteosis de la materia son las inspiraciones que tomaron de aquel libro, el famoso Padre Duchesne y sus feroces discípulos, y que contribuyeron en gran manera á los crímenes y escesos abominables de la época del terror.

La prueba de que los socialistas no producen nunca ningun bien en el mundo y de que la sociedad no les debe ninguna mejora, ni ningun progreso, es que habiendo precedido á la revolucion francesa todos los socialistas y novadores del siglo XVIII, los constituyentes de 1789, desdeñaron aquellas doctrinas exageradas, falsas, y á veces inmorales.

En la noche del 4 de Agosto se abolieron los privilegios feudales, las servidumbres de la persona, la justicia señorial, la desigualdad de los impuestos, la venalidad de los oficios públicos y otros abusos de la misma índole, rezagos de la edad media. Pero al mismo tiempo se consagró la propiedad, la religion, la familia, el trabajo, la herencia, y todos los fundamentos de la sociedad. Es cierto que Mirabeau, y Tronchet, discípulos en esta parte del filósofo de Ginebra, sostuvieron que el orígen de la propiedad es la ley civil; que Robespierre abolía el derecho de testar, y mas tarde redujo el dominio á una posesion precaria, proclamando tambien el impuesto progresivo, la contribucion de pobres y el derecho al trabajo. Es cierto que Saint-Just queria la abolicion de las sucesiones colaterales, la proscripcion del lujo y el establecimiento de un vasto dominio comun. Es verdad que estos errores produjeron la escuela del comunismo anárquico y ateo de Hebert y sus partidarios, las

---

(1) Investigaciones filosóficas sobre el derecho de propiedad y el robo.

sangrientas ejecuciones de la guillotina y por último la conspiracion de Babeuf. Pero estos son delirios y crímenes que rechazaron la Constituyente y la Legislativa y que no pudo aceptar ni aun la Convencion. Lejos de producir estos sistemas ningun bien, ni mejora, ni progreso, ni adelanto, no hicieron otra cosa que deshonrar la revolucion y envolver en una nube de horror, de odio y de recuerdos dolorosos la misma idea de la reforma legítima. Cuando sonó la hora de poner fin á aquella orgía intelectual y á aquellos crímenes que llevaron el espanto á toda la Europa, la Francia sacrificó las libertades políticas al órden social y demandó á un guerrero victorioso que le redimiese del yugo tiránico de la utopía y del cuchillo de la guillotina; y mas tarde cuando en 1814 se volvió al régimen de libertad, solo se pudieron salvar algunos de los principios del 4 de Agosto de 1789, que no inspiraron por cierto los socialistas.

En el siglo presente, despues de la conspiracion de Babeuf, la utopía hubo de abandonar la política, refugiándose en la ciencia. Entonces aparecieron Owen, Fourier y San Simón.

No es necesario esponer sino muy brevemente estos sistemas.

Owen no hace más que reproducir á Tomás Moro, y á Morelly. Establece la abolicion de la propiedad, la igualdad absoluta, la comunidad de bienes, de trabajos y de goces. Atribuye á los vicios de la sociedad y de las leyes, la perversion del hombre, á quien supone absolutamente bueno por la naturaleza. Defiende el principio de la necesidad de las acciones humanas y por consiguiente crée al hombre irresponsable por sus actos, doctrina que ya defendieron los anabaptistas con el nombre de *impecabilidad*. Sus planes económicos son los mismos de Babeuf.

San Simón no acepta el comunismo. Reparte el capital y sus productos segun el talento y las obras de cada uno; y esta distribucion se hace por el arbitrio de un hombre, de una especie de Rey del Gobierno y de la industria. Establece una expropiacion universal; suprime la herencia y la familia; santifica los placeres, y rehabilita la carne; proclama libre á la mujer y sanciona la promiscuidad de los sexos.

Fourier pasa por mas original que los anteriores; pero su originalidad es solo aparente y de forma. A la ley del deber

sustituye lo que llama *atraccion* de las pasiones. El bien moral es el goce y el mal moral el dolor. No hay inmoralidad, ni crímen en el órden de la naturaleza, sino que son creaciones de una sociedad viciosa y de unas leyes absurdas que se empeñan en poner obstáculos á nuestras pasiones, que son todas legítimas y de orígen divino. Las relaciones de los dos sexos no tienen trabas. La poligamia es lícita, y el trabajo vario y agradable. La vida pasa en un edificio que se llama *falansterio*, alojándose en cada uno una *falange* de dos mil personas de todas edades y sexos. No hay un principio nuevo en este socialista. Todos están ya espuestos en sus predecesores. Hasta el de la asociacion *domestico-agricola* le espuso Morelly y se halla en la Enciclopedia del siglo XVIII (1).

Claro es que ningun legislador ha admitido esos errores, esos delirios, y esos absurdos, y por consiguiente que no puede atribuirse á ellos ninguna mejora de la sociedad. Su influjo sin embargo ha sido muy funesto. Han creado en los espíritus la propension de censurar, de maldecir y de aborrecer el estado social existente. Han enseñado á los hombres la funesta leccion de negar la legitimidad de todos los gobiernos y de todos los poderes, y de procurar su destruccion. Con sus ideas sobre las pasiones humanas y la bondad nativa del hombre, han destruido los fundamentos de la moral, la idea del deber, el respeto á las autoridades, el sentimiento de la obediencia, los lazos de la subordinacion, el dulce yugo de los hábitos y la cadena de las tradiciones. Finalmente, con el principio de la rehabilitacion de la carne y la promiscuidad de los sexos, han inspirado á las almas la satisfaccion de los apetitos groseros y de la sensualidad. Han relajado el pudor, la honestidad y la decencia y han dado disculpas y pretestos á todas las debilidades, á todas las miserias, á todos los vicios, y á todos los crímenes.

Si examináramos los sistemas de los demás socialistas de este siglo como Cabet, Luis Blanc y Proudhón, deduciriamos la misma consecuencia, á saber, que el socialismo no ha producido ninguna mejora, ningun bien, ningun progreso, ni ninguna perfeccion en el mundo, no habiendo causado mas que

---

(1) Faiguet. Enciclopedia, tomo 22, art. Moraves.

desastres siempre en el órden moral y aún en el de los hechos materiales.

¿Qué diriamos de Cabet, el republicano rojo de 1830 á 1840? Que despues de esta fecha se hizo comunista, y escribió la novela del *Viaje á Icaria* donde no hay una idea nueva, ni practicable, ni nada que revele siquiera la fantasía de algunos de sus predecesores; que quiere simpatizar con las clases obreras, y atraerse su benevolencia, de tal modo que establece el principio de que los artesanos son los mas inteligentes y de que el ejercicio de las profesiones mecánicas es la condicion del genio político, y del arte de gobernar los estados; finalmente que con tales ideas ha contribuido á exaltar las pasiones del pueblo, á enfierecer sus instintos, á inspirarle ideas falsas, sentimientos de odio, esperanzas quiméricas y deseos vagos de trastorno y de subversion.

¿Tratariamos con ménos severidad á Luis Blanc? No: diriamos que todos los males los atribuye á las instituciones y ninguno al abuso de la libertad humana; que pone en duda, por lo menos, el libre albedrío, siguiendo á Montaigne; que atribuye en todos los casos la miseria á la concurrencia, á las máquinas, á los grandes capitales, y al individualísmo, aceptando la doctrina de Sismondi; que destruye la herencia y por consiguiente la familia; que simpatiza con Morelly y Mably, apóstoles del comunismo, imitando además á Babeuf y á los anabaptistas del siglo XVI, hasta el punto de parecer que los copia; que desde la tribuna del Luxemburgo solo hizo oir á la Francia discursos de odio, de violencia y de destruccion; y que su sistema está juzgado por el ensayo de los *talleres nacionales* y las sangrientas escenas de Junio de 1848.

¿Y qué podriamos decir de Proudhón, de ese terrible demoledor intelectual de los tiempos modernos, de ese gran sofista del siglo XIX, terror y azote al mismo tiempo de los sofistas medianos?

Proudhón se dá á sí propio el nombre de anarquista y proclama la ausencia de todo poder y de todo gobierno contra la opinion, la práctica de todos los siglos y la experiencia de todos los pueblos, que establecen la necesidad de un poder político, que solo seria inútil, cuando se tratára de una asociacion de ángeles. Destruye la religion, la filosofia, la historia, la econo-

mía política, todas las creencias y todas las verdades. La idea de la divinidad, segun él, es una ilusion del espíritu humano; la inmortalidad del alma, una mentira; el dogma de las penas y premios en otra vida una quimera, la Providencia una ilusion, y Dios una hipótesis. Las ideas de causa y de sustancia, fundamento de todas nuestras percepciones y raciocinios, son fórmulas vanas. El análisis, la síntesis, la hipótesis, el razonamiento, la induccion y toda la lógica, esos métodos naturales para descubrir la verdad, que el genio de los filósofos han admitido y esplicado, son falsos y ridículos.

En materia de economía política niega la cualidad inconmensurable de los valores, la ley de la oferta y de la demanda, la libertad del trabajo, la teoría de la renta, del arriendo y todos los principios mas fundamentales de este ramo del saber.

Produce dolor y tormento la lectura de sus obras en que afirma y niega, ó combate y defiende alternativamente unos mismos principios, y en que el bien y el mal, la verdad y el error, lo justo y lo injusto, las ideas mas rectas y las mayores estravagancias, todo sale confundido y revuelto, cual aborto monstruoso, del espíritu de un grande hombre, y de una inteligencia elevada. Proudhón no edifica, sino que destruye: no convence, sino que espanta: no produce admiracion, sino vértigos. El móvil de su talento parece ser la vanidad, y su consejero el orgullo. Puede sospecharse que, así como no creia en Dios, despreciaba á los hombres, ó al menos, no tenia confianza en su razon y en su buen sentido, sino que contaba con su locura ó su insensatez. La posesion que sustituye á la propiedad—ya antes anunciada por Robespierre—es impracticable: el *máximum* y el papel moneda, recursos empíricos, ya desacreditados en toda Europa, y su *banco* una idea poco original y repelida en Francia y en Inglaterra hace muchos años. El término de todas sus combinaciones es el cáos, el abismo, y la nada.

Ningun beneficio han hecho á la humanidad estos soñadores. Le han causado, por el contrario, terribles desastres: han detenido el progreso humano y el curso de la civilizacion.

Pero nos consta por el testimonio irrecusable de los hechos que desde la edad media—para limitarnos á un período histórico—la sociedad adelanta y se perfecciona. ¿Cómo han venido

los adelantos hasta aquí? ¿Cómo es de suponer que vendrán en lo sucesivo? La historia nos dá la contestacion á la primera de estas preguntas. La otra nos la suministrarán la razon y el buen sentido.

En la caida del imperio romano toma orígen el sistema feudal, transformándose de todo punto el espíritu de los hombres y la sociedad.

Desde que se establece definitivamente el feudalismo, empieza á sentirse algun desarrollo en la industria y en el comercio. Las ciudades toman incremento, entre otras causas, por el derecho de asilo que las Iglesias conceden á todos los fugitivos que acudian allí con sus riquezas. Acrecentadas las ciudades en su poblacion y en sus recursos, acontece en el siglo XI la insurreccion contra los señores. Los reyes toman parte en estas luchas que terminan con la *carta-pueblas* ó las libertades comunales. En el siglo XII empieza á descubrirse un gérmen de lo que despues se llamó *clase media*, y que no constando al principio mas que de los pequeños terra-tenientes, los mercaderes y negociantes, se robustece con los médicos, los abogados, los literatos y los magistrados locales. Con los beneficios de la paz viene el deseo de conocer y de saber. Los que se dedican á las profesiones nobles, vuelven los ojos á la sabiduría de la antigüedad conservada en los manuscritos de los conventos. Las cruzadas y el poder real, que se va engrandeciendo poco á poco, aumentan por una parte la cultura, la industria, y el comercio y por otra la extension de los pueblos, que se van confederando en provincias, empiezan á ser Estados. La esclavitud va disminuyendo lentamente.

En medio de este desarrollo extraordinario, acontece la toma de Constantinopla por los turcos, se descubre la imprenta y se crean las Universidades. El siglo XV no brilla solo por la erudicion, las letras y la crítica. En el se hacen las espediciones portuguesas á lo largo de las costas de Africa; se descubren el cabo de Buena-Esperanza y la América, la pólvora y la brújula.

Todos estos acontecimientos han trasformado el mundo á fines del siglo XV. La Europa ha salido de la barbarie, la sociedad se ha perfeccionado, el feudalismo desaparece, la institucion monárquica se eleva, la clase media se forma, la esclavi-

tud vá decayendo, los grandes estados empiezan á formarse, el esclavo se ha hecho libre, y el siervo de la *gleba* asciende á una clase superior, ó es el obrero de nuestros dias, la propiedad, el capital, y las clases sociales sufren una portentosa transformacion, los gobiernos no ocupan ya el castillo sino el palacio, y á las múltiples tiranías sucede la autoridad central del monarca que ha de regir en breve, grandes, ricos y poderosos estados, emporios de riqueza, de sabiduría y de civilizacion.

¿Qué parte tiene el socialismo en este cambio maravilloso? Donde está el socialista autor de reforma tan profunda ¿Dónde el libro propagador de tales maravillas?

En ninguna parte. El espíritu humano, la sociedad, y la civilizacion han seguido el curso que les designaban la Providencia, los acontecimientos, las leyes de la historia, y el impulso de hechos morales y materiales en que el hombre fué mas bien instrumento que causa.

Los socialistas del mundo antiguo no previeron estas transformaciones, y recomendaron sistemas de sociabilidad y de gobierno de todo punto contrarios á esta obra secular de la Providencia. Las heregías y las comunidades ascéticas que desde los primeros siglos de la Iglesia participaron de los errores del socialismo hasta fines del siglo XV, tampoco contribuyeron para nada á este cambio profundo. Solo una doctrina y unos hombres pueden reclamar la gloria de haber sido parte en tan portentosa transformacion, el cristianismo y sus propagadores. Y estos — observese bien tan notable circunstancia — no propusieron planes de renovacion social, sino que se dirigian tan solo á purificar las almas y el espíritu humano, idea contraria á la del socialismo, que corrompe el corazon y el entendimiento, y reforma violenta y radicalmente la sociedad.

Si fijamos nuestra atencion en los siglos siguientes, deduciremos la misma consecuencia.

Creadas en nuestras naciones la diplomacia y los ejércitos permanentes, aumentados el comercio y la industria, formada una numerosa clase media, florecientes las letras y estendida la ilustracion y la cultura, acontecen grandes sucesos políticos y militares en el siglo XVI.

Francisco I y Cárlos V encienden una guerra gigantesca, al

principio para la posesion de Italia y del Imperio Aleman, y despues por su preponderancia en Europa. La Inglaterra interviene en la política continental. En Francia ocurren sangrientas guerras religiosas entre protestantes y católicos, dado ya desde 1520 el grito de la *Reforma*. En España sucede la guerra de las Provincias-Unidas, que es de independencia, pero al mismo tiempo de principios. En Inglaterra luchan Isabel y Felipe II, invocándose tambien las nuevas ideas, y se verifica la exaltacion de Jacobo Stuardo; y despues el principio de las grandes luchas entre la monarquía y el pueblo inglés. En el Norte suceden tambien notables acontecimientos. La Prusia se constituye como nacion. La Suecia se eleva con Gustavo Adolfo. En Francia reina Luis XIV y en Inglaterra estalla la revolucion que espele del Trono á Cárlos I. En el órden religioso el concilio de Trento afirma el poder de Roma y en el intelectual Bacon y Descartes establecen una nueva filosofía, ó por mejor decir, un nuevo método filosófico. Por último, este es tiempo de los grandes adelantos comerciales y de la creacion de inmensas colonias. Tal cúmulo de sucesos grandiosos, así políticos y militares como eclesiásticos, filosóficos y literarios exaltan la imaginacion de los hombres: una fiebre desconocida se apodera de ellos. Un deseo de novedad, de engradecimiento y de gloria domina todos los espíritus. Las nuevas ideas mejoran la sociedad civil y política, la condicion de las clases, del capital, de la propiedad y del trabajo. Las instituciones de los pueblos se transforman tambien. En Inglaterra triunfa la monarquía constitucional, y en Holanda se crea una república poderosa.

Y en todas estas mejoras y progresos ¿qué parte tiene el socialismo? Ninguna. Carlostad, Münzer, Juan de Leide, Stork, y los anabaptistas ya hemos visto que no produjeron mas que desórdenes, confusion, anarquía y barbarie.

La sociedad adelanta, siguiendo el impulso contrario que intentan aquellos imprimirle. Propalan el comunismo, la abolicion del poder temporal, y la relajacion de todos los vínculos morales; y la Sociedad progresa y se mejora por el desarrollo de la propiedad, de los capitales y del trabajo, por la perfeccion de la moral, de la familia, del derecho, de la legislacion, de las instituciones y de los gobiernos.

Inútil fuera recorrer las mejoras y adelantos del siglo pasado y el presente. Ya hemos visto, al examinar las doctrinas de los novadores y apóstoles de la utopía, que no produjeron mas que desastres en ese período de la historia.

De todas sus páginas sacarémos la misma leccion. La sociedad se mejora, progresa, se perfecciona y camina hácia un término desconocido hoy para nosotros, no por el socialismo, sino á pesar de él. Se desarrolla y prospera por la religion, las buenas costumbres, la sana moral, la propiedad, el aumento de los capitales, y del trabajo, por la extension de los derechos, la igualdad ante la Ley, el matrimonio, la familia, las ciencias, las letras y las artes.

El socialismo no tiene parte alguna en esas transformaciones sociales que varían el espíritu humano y la civilizacion.

Son el resultado de grandes acontecimientos en el órden moral y material, que el hombre no crea, sino que sufre, y en que es mas bien instrumento que causa.

Todos los dias vemos aparecer el sol en el Oriente, seguir el curso trazado por la mano de Dios, y hundirse en el ocaso, sucediendo las sombras de la noche, hasta aparecer la nueva luz. En el intérvalo de un sol á otro presenciamos innumerables fenómenos, y maravillas, pero no sentimos el movimiento que ha hecho la tierra sobre su eje.

Todos los años vemos suceder á la primavera el estío, á este el otoño, y venir, por último, el invierno. Durante estas cuatro estaciones admirámos múltiples y variados fenómenos, pero no sentimos el movimiento portentoso de la tierra alrededor del sol.

Lo mismo sucede en el mundo moral. En cada época histórica se consuman acontecimientos de toda especie, guerras, empresas, descubrimientos científicos, adelantos intelectuales, mudanzas de fortuna, cambios de situacion, prosperidad de unos estados, decadencia de otros, ruina de alguno, trastorno de las clases, abolicion de estos derechos, orígen de aquellos, y por último, mudanzas mil en todo órden de cosas. Estos sucesos influyen en la suerte de los hombres y de las sociedades y producen un movimiento en el órden moral, que no sentimos los contemporáneos.

Solo mas tarde se ven sus sorprendentes efectos. ¿Quién po-

dia calcular en los siglos anteriores que la emancipacion de los comunes, el auge del poder real, la conquista de las Américas, la restauracion literaria, el descubrimiento de la imprenta y los demas varios sucesos, que nos refiere la historia desde el siglo XIV, produjeran la rica, varia y magestuosa civilizacion del siglo XIX?

Ahora mismo, en nuestros dias, á nuestra vista, suceden acontecimientos, se hacen invenciones, se acometen empresas y se consuman hechos diferentes, cuyos resultados en el porvenir es muy dificil calcular. Vemos el espectáculo de esos sucesos, de esas invenciones y de esas empresas; pero tal vez produzcan ó preparen un movimiento en el órden moral y social, que ahora no percibimos y que acaso mas tarde nos revele alguna inmensa transformacion. ¿Quién puede calcular las consecuencias de los cables submarinos? Quién los efectos sociales de ese movimiento que arrastra á los pueblos á constituir las que se llaman grandes *nacionalidades* con la desaparicion de los Estados pequeños? ¿Quién el valor de las múltiples, varias, y numerosas aplicaciones de la electricidad, y el magnetismo que estudia la ciencia y que ignoramos á donde llegará? ¿Quién las consecuencias del establecimiento de un grande estado cristiano en Constantinopla, ó del reparto de sus despojos, una vez destruido el imperio turco, suceso que no puede menos de venir?

¿Quién finalmente los resultados políticos y sociales de todos esos hechos reunidos, juntamente con otros que hoy no se prevéen, enseñándonos la historia que un gran cambio social es el producto de varias, múltiples y complexas causas, como desparramadas aquí y allí, y en diversas épocas en el teatro de la vida?

El movimiento unitario, anexionista, y de aglomeracion de los pueblos para formar inmensos Estados ¿no puede ser el principio de esa solidaridad humana que sueñan tantos pensadores? ¿No podrá conducir, si no á la paz perpetua y absoluta, que ha sido el bello ideal de Saint-Pierre, y de Cobden, al menos á una paz durable y sólida que mejore la condicion de la humanidad?

No lo sabemos; pero la verdad es que el hombre vive en todas las épocas de la historia, rodeado de una atmósfera moral que no conoce, que no domina, que no crea, y que no puede

modificarse por las fantasías de su espíritu, ni por sus cabilaciones; que en esa atmósfera se elaboran contra su voluntad, por la accion de la Providencia, sucesos, cambios, y fenómenos, que alteran el espíritu humano, transforman las costumbres, modifican las leyes, trastornan los hechos existentes, y traen por un misterioso *aluvion* un nuevo estado de las clases, de la propiedad, del trabajo, y de la familia, siendo inútiles y vanas para producir estos resultados las teorías socialistas, las concepciones *á priori*, y todo proyecto de mejora y perfeccion, que no venga como fruto espontáneo de esos grandes hechos históricos.

Y una vez esplicado el orígen y la causa de todas las mejoras, de todos los adelantos, y de todas las perfecciones relativas que ha recibido el mundo hasta hoy, es fácil presentir cómo vendrán otras nuevas en lo futuro.

Si el socialismo no fué nunca poderoso para contribuir á la mejora de la sociedad, no es presumible que en adelante suceda lo contrario. Si hasta ahora, en todo el trascurso de los siglos, la Sociedad ha adelantado por las leyes providenciales de la historia, por un movimiento que no domina el hombre, ni siquiera comprende, y del cual no es director, sino agente pasivo, no parece razonable creer que en el porvenir sustituyan la fantasía y el capricho humano, á la accion de la Providencia.

Si, por último, la mejora, el progreso, y el bien se han ido realizando poco á poco en el mundo por la religion, las leyes morales, la propiedad, la familia, la igualdad ante la ley, la extension de los derechos que nacen de nuestra naturaleza, y el cumplimiento de los deberes que arrancan el mismo orígen, es absurdo esperar ningun adelanto fuera de esos principios, ni de los hombres que los niegan. Constituyen hoy, para el mundo, como un depósito sagrado, cuya verdad está esculpida en la historia por la mano de Dios, y contra cuyos violadores puede alegarse una prescripcion, que tendrá siempre eco en el alma de los hombres, en el jurado de la conciencia pública y en el tribunal de la sabiduría. Las mejoras, los progresos y las perfecciones sucesivas se realizarán en el mundo, como hasta aquí, por el desarrollo de esos principios. Partiendo de ellos ignoramos hasta donde llegará la perfeccion, pero es evidente que no ha de venir, desechándolos. Constituyen en el

mundo social, el órden, la armonia, el nivel y la gravitacion. La humanidad es el Neuton que los ha descubierto y defendido. Con su ayuda se abrirán nuevos horizontes para el bien y la perfeccion.

Los socialistas se parecen á los metafísicos antiguos, cuando intentaban esplicar la máquina del universo. Establecen hipótesis, fantasías, imágenes, cabilaciones, y sueños separándose de las verdaderas leyes del mundo moral y social.

Descartes concibe el sistema de los *turbillones*, Leibuitz la *armonia pre-establecida*, y mucho antes Demócrito y Epicuro el régimen de los *átomos*. Pero ¡cuán mezquinas nos parecen hoy estas hipótesis, si las comparemos con la realidad demostrada mas tarde por la obserbacion y por la experiencia, con el sublime y grandioso descubrimiento de Newton!

Lo mismo sucederá en el órden moral. Partiendo de los principios, con cuyo auxilio han progresado hasta ahora las sociedades, llegarán un dia á una perfeccion, que supere, no solo en verdad sino en belleza, á todas las concepciones de los socialistas. Cómo podrá realizarse esta obra grandiosa en un porvenir mas ó menos lejano, y por los mismos medios con que hasta el dia se han ido elaborando poco á poco y con lentitud los progresos sociales, es materia que no podria desenvolverse en las brevísimas dimensiones de un discurso académico. Por lo que, dejando este tema para ocasion mas oportuna, resumamos nuestras observaciones en estas frases:

Ninguna influencia ejerce el socialismo en las grandes transformaciones de la humanidad, ni en el progreso, la mejora y la perfeccion de las sociedades.

Estas han progresado siempre, no por el socialismo, sino á pesar de él.

Para impelerlas en el camino de esa perfeccion, compatible con la naturaleza humana, no hay mas socialismo que el de Dios y el de las leyes providenciales que dirigen el mundo.

El hombre no es en esta obra, sino un agente pasivo, ó un auxiliar subalterno. En la espectativa de un porvenir mas venturoso, tengamos fé en la Providencia, y desconfiémos de las fantasías de los hombres.

He dicho.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS.

Señores:

No hay cosa más vulgar ni frase más repetida que la del *terreno de la ciencia*, el *vasto campo del saber humano*. ¿Es, pues, ésta una cuestion de labranza? Muchos hay que no se contentan con tan poco, pretenden que no se trata de *cultivo* sino de *culto*, y tienen la inteligencia humana por una especie de religion; otros, en fin, quieren que más bien que sembrados y altares, mantenga guerras y haga conquistas la razon y la elocuencia, y equiparan la ciencia á la milicia.

En todo caso es motivo de júbilo y suceso fausto la presentacion de un nuevo adepto, que como el Sr. D. José Lorenzo Figueróa viene con buena disposicion, con vocacion verdadera, con mérito probado y caudal adquirido en los tiempos pasados, con buen ánimo y aun lisonjeras esperanzas para los venideros.

Si, Señor Académico, seais bien venido: por mi débil voz os lo dice esta respetable asamblea, tan contenta de contaros por sócio, como desdichada en tenerme por intérprete.

En verdad si la ciencia es campo en que han sembrado tantas generaciones, bien puede aplicársele el sagrado axioma de que *la mies es mucha y pocos los operarios* (San Mateo IX. 37).

Si es un culto que cuenta como ministros á los guardadores de la verdad; como fieles á los que la creen, la reverencian y estudian; y como herejes á los que defiendan la paradoja ó el

sofisma; si esto es la ciencia, bien venido seréis á aumentar su culto con vuestros escritos, á atraer neófitos con vuestra predicacion y vuestro ejemplo; y á confutar adversarios con vuestra razon sana y vuestra potente lógica, de que tan clara muestra acabais de hacer.

Si en fin es una milicia (y esto pienso más bien en los tiempos presentes) sabed que es dura y difícil, porque hoy, relajada la antigua subordinacion, aquella de *verba magistri*, la defensa es más árdua y el ataque más penoso. Milicia es esta que ha de guardar como en ciudadela *lo verdadero*, *lo bello*, *lo justo*: que ha de adelantar diariamente sus conquistas por el árido y herizado campo de la ignorancia; y que ha de repeler cada minuto las acometidas y asaltos que por la brecha de la duda le da el error con mil armas envenenadas y explosivas. Envenenadas llamo á aquellas que como el *ridículo*, de tal modo alcanzan al combatiente, que apénas se juzga levemente herido, cuando está en realidad mortalmente vulnerado; y explosivas otras, que socabando los cimientos ó cayendo sobre la clave del edificio social, estallan luego en malas pasiones, convirtiendo en leves escombros la fábrica que juzgamos indestructible.

Si algo de esto es hoy la profesion de las ciencias morales y políticas, labranza y culto y combate; ó si, por mejor decir, de todos tres caractéres participa,—el que las profundiza ó las estudia habrá de parecerse á nuestros antiguos cruzados que eran á la vez sacerdotes y guerreros y labradores, y que poniendo mano unas veces al arado otras al incensario, otras á la espada, labraban, oraban, combatian, sobre todo combatian con la cruz visible sobre su corazon y enhiesta en sus estandartes.

A esto tambien me parece que tiene más inclinacion el ánimo entero y la robusta erudicion del Sr. Figueróa: por eso en los primeros años de su vida pública cuando empleaba sus fuerzas en la prensa, en los periódicos el *Parlamento*, el *Tiempo*, y más adelante en la *Epoca*, mejor se inclinaba á la lucha que á la apología; cuando, hombre ya formado, vistió la toga y subió á los escaños del foro, consagró sus fuerzas al ministerio público: y en las Córtes y en los tribunales y en las Secretarías del despacho su accion más ha sido un esfuerzo en defensa de principios prácticos, que una especulacion en busca de teorías halagüeñas.

Pues en tiempos recientes elevado á uno de los más altos puestos de la administracion de Justicia; en sitio en que el bien y el mal obrar se manifiestan aritméticamente, y en que las conciencias rectas ó extraviadas se revelan con sumas ó restas, aun allí el Sr. Figueróa ha hallado medio de dilucidar y discutir grandes principios y de combatir trascendentales teorías, en un libro por vosotros y por el público acogido con igual favor. Y en fin no se cómo habrá sonado en vuestros oidos el discurso que acaba de leerse; de mí se decir que no tanto me ha parecido una leccion de cultivo intelectual ó un panegírico de la filosofia, como un plan de campaña, ó más todavía una batalla ya bizarramente reñida contra adversarios poderosos.

Por mi parte sin armas para acompañar al nuevo adalid en la refriega, sin competencia para juzgar de la victoria, tengo que limitarme al papel que los cronistas y los sacerdotes representan en los ejércitos: prodigar el consuelo del justo elogio al enemigo que sucumbe heróicamente, poner en claro algun hecho importante y no bien manifiesto, examinar cuál es el temple y calidad de las armas que procuran la victoria, y preguntar al triunfador en cual altura ó en que fortaleza descansarán los reales por la noche.

La sociedad es una bella y proporcionada ciudad, capaz y espaciosa en el interior, fortificada en su recinto, sólida en sus edificios, inexpugnable en sus muros; pero al cabo no perfecta, porque es humana. No está tan guarnecida que no sea atacada una y otra vez á deshora por el individualismo orgulloso; no está tan cerrada que algun descontento ciudadano no quiera armarse y salir á la conquista de otra ciudad mejor; no es tan bueno y recto y bello su trazado que no pretenda mejorarlo algun arquitecto optimista, algun ingeniero descontentadizo. El primero que en tal empresa fué vencido fué Platon, el fundador de la Academia de Atenas: y cierto que si inteligencia humana hubiera podido dar solucion á tan gran problema, sería la del discípulo de Sócrates. Vedlo, Señores, en medio de aquella teogonía absurda en que se reconocian tantos dioses como vicios, en que la divinidad más bien que el estudio de los sábios, era el modelo de los disolutos, vedlo digo reconocer la unidad de Dios, y, fija en él su pura mirada, descubrir algunos de sus principales atributos. «Dios para Platon (dice

»nuestro Balmes) es el ser infinito así en el órden *ideal como en* »*el real*; allí está la fuente no sólo de la realidad, sino de la »posibilidad. Nada existiría, nada sería inteligible, nada po- »sible, sino existiera; en él solo reside y de él emana lo verda- »dero, lo bueno, lo bello».....

Decidme, Señores, ¿no os parece como si oyeseis preludiar aquellas divinas palabras que decian en la última cena: *Ego sum via et veritas et vita*? (San Juan XIV. 6).

Pues aun hizo más el gran fundador de la escuela Académica. Sócrates su maestro, adelantando ya mucho, habia hecho descansar *la moral* en el principio del deber, en el cumplimiento de la ley; Platon dá un paso más, y, suponiendo la moral hija del amor divino, la hace consistir en la tendencia hácia la perfeccion que es el bien supremo. Las teorías morales de Platon, dice nuestro gran pensador contemporáneo(—Balmes historia de la filosofía), son sublimes: basta decir que hace consistir la virtud en la imitacion de Dios. No otra cosa manda el Evangelio: *Estote perfecti sicut pater vester coelestis perfectus est* (San Mateo V. 48). Distingue ademas el Ateniense dos especies de bienes, unos *humanos* y otros *divinos*, aquellos pasageros, caducos, falaces, relativos, dependientes de los sentidos: estotros, permanentes, necesarios, absolutos, que están en sitio *quo fur non apropiat neque tinea corrumpit* (San Lúcas XII. 33). Decidme, os vuelvo á preguntar, ¿habéis visto alguna inteligencia meramente humana, es decir, sostenida sólo en álas de la razon, que se eleve más alto? ¿No columbrais ya, Señores, bien que entre el humo de la tierra, que todavía llega á aquella altura, clarear el sol de la caridad? ¿No distinguis aquel *mucho amar* que habia de servir luego para *perdonar mucho*? (San Lúcas VII. 47). Por eso aun las personas ménos dadas al estudio de la filosofía, llaman hoy (al cabo de veinte y cuatro siglos) *amor platónico* á aquel que consiste en amarse recíproca y espiritualmente en la belleza eterna, en Dios, prototipo de lo bello; no en la forma inferior, fundada en los sentidos y mancillada con carnal apetito.

Con razon se le dió á Platon por el mundo antiguo el dictado de *divino*, con sobrado motivo el príncipe de los oradores latinos decia que «si los dioses quisieran hablar el lenguaje de »los hombres, emplearian el de Platon.»

En cuanto al fondo de sus doctrinas, el fallo de la conciencia universal ha sido muy diverso: su filosofía aun hoy, tras tantos siglos, progresos y vicisitudes, es tenida en veneracion; su política, por el contrario, ni siquiera pudo ponerse en práctica por las ciudades que humildemente le habian demandado una ley fundamental.

Y la razon para nosotros parece clara: su filosofía es ya como un crepúsculo, vago y confuso si se quiere, pero al cabo precursor del Sol de verdad, que habia de aparecer al mundo; por el contrario su política no es más que el reflejo caliginoso de la corrompida república en que vivia.

Tal es, Señores, el primer combatiente, el cuasi divino atleta que ha sucumbido ántes que nadie, segun el Sr. Figueróa, al querer resolver el pavoroso enigma de la implacable esfinge social. Consiste esto en que ha acometido una empresa superior á la fuerza de cualquier mortal, por sábio, por virtuoso, por grande que sea. Nadie puede añadir una sola pulgada á su humana estatura, sino es el creador de la humanidad. No hay quien alcance á desviar una sola línea el trazado de los cimientos sociales, sino el soberano arquitecto de la sociedad.

Pero no se crea que el Sr. Figueróa ha estado cruel ó poco generoso con el gigante caido: hubiese podido, copiando sencillamente un libro que anda en manos de todo el mundo, dejarle desarmado y no lo ha hecho.

«Donde quiera que suceda (dice Platon en el libro V de las »Leyes) ó deba suceder un dia que sean comunes las mujeres, »los hijos, los bienes, empleándose todo el cuidado posible á fin »de que desaparezca del trato de los hombres hasta la palabra »propiedad, de modo que lleguen á ser comunes en cuanto sea »dable, aun las cosas que la naturaleza ha concedido al hombre »en propiedad como los ojos, los oidos, las manos, hasta el »punto que todos los ciudadanos crean obrar, oir, ver, en co»mun y aprueben ó censuren todos unas mismas cosas, y sus »penas ó placeres tengan unos mismos objetos; en una palabra, »donde quiera que las leyes se propongan hacer el Estado per»fectamente *uno*, allí hay el colmo de la virtud política, y las »leyes no pueden tener direccion mejor.» Al leer esto, no podemos ménos de decir que ese Estado perfectamente *uno*, recuerda el divino precepto *ut omnes unum sint* (San Juan XVII. 21), y

pertenece á aquel *espíritu de verdad que no puede recibir el mundo* (San Juan XIV. 17), que no es por consiguiente aquí bajo asequible; y humillándonos ante la *ignorante sabiduría* del filósofo ateniense, nos atreverémos á creer que al hablar así, (como el discípulo del Tabor) no sabia lo que decia: *Non enim sciebat quid diceret* (San Márcos IX. 5).

Y así es verdad, la humana razon puede entrever la esencia divina, y prendarse de ella de tal modo que en su honor beba la cicuta; pero no es poderosa á alterar por si sola las leyes sociales que de Dios emanan.

Platon tiene, sin embargo, perdóneseme lo irrespetuoso de la frase, disculpa.

Hace, es verdad, del lazo conyugal una especie de anual lotería... pero no habia oido aun decir: *Quod Deus conjunxit, homo non separet* (San Mateo XIX. 6). Descendiente de Cadmo, orgulloso ciudadano de Atenas, juzga la esclavitud una ley de la naturaleza, una necesidad de la sociedad; pero no habia aun aprendido (ni siquiera con el estudio de los libros hebreos que tanto se ve reflejado en sus obras), que es mayor el que sirve que el que se deja servir (San Lúcas XXII. 26); que el humilde será exaltado, y humillado el soberbio (San Mateo XXIII. 12); que los hombres todos, absolutamente todos, son hermanos (San Mateo XXIII. 8); y que es necesario para poseer el reino sin fin, hacerse como niño (San Mateo XVIII. 3), y ser siervo de todos (San Mateo XX. 26 y 27). Platon, en fin, segun la bella fórmula del nuevo Académico, *mientras cree que no se puede libertar al esclavo, considera que la humanidad puede prescindir de la madre.* ¡Ah! es que todavía en el Areópago de Atenas no se habia siquiera aludido á aquel Deo ignoto, el cual habia de morir en el suplicio de los esclavos, legando desde lo alto del patíbulo á la humanidad entera su propia madre.

Tanto es así, tanto cambió el mundo su faz al advenimiento del cristianismo, que algunos socialistas modernos se han extremado en el lado contrario, y han querido ver en el Evangelio el orígen y fundamento de su doctrina. El Sr. Figueróa no rafuta este absurdo; hace más, lo desdeña, y tiene razon. Permítame, sin embargo, alguna excursion en este terreno en donde la lucha ha sido recia y presumo que no está acabada todavía.

Entre los muchos autores que han seguido este camino, uno se distingue principalmente, ya porque pertenecia al clero católico, ya porque habia brillado en obras de sumo ingenio y sana doctrina, bien que extremada en sus consecuencias. Lamennais, despues de haber combatido el indiferentismo religioso, de haber repelido crudamente toda tendencia novadora y antisocial, despues de haber defendido el derecho divino, la esclavitud y la inquisicion, se convierte en demagogo y en apóstol del socialismo. El libro en que por primera vez *cantó* más que discutió estas doctrinas, produjo profundísima impresion. Hablando de él dos ingenios, con cuya amistad me honraba; decian: uno, que era *El Apocalípsis del Diablo*; otro replicaba que no llegaba á tanto, ni aun pasaba de ser *Un comentario del Evangelio, hecho por Marat*. Cito estos dichos porque en mi entender no sólo definen el libro de Lamennais sino toda su escuela.

Se necesita en efecto estar inspirado por el Espíritu del error, ó enfurecido por la locura demagógica, para ver en el Evangelio el fundamento, ni la disculpa, ni el pretesto siquiera de doctrinas socialistas. De mí se decir, que abriendo al acaso el sagrado libro, he hallado donde quiera máximas en defensa de la propiedad, de la familia y de la autoridad. Aquí leo *digno es el jornalero de su jornal* (San Lúcas X. 7), *y el obrero de su alimento* (San Mateo X. 10); allá veo al padre de familia distribuir á su arbitrio el salario (San Mateo XX), sancionando de este modo las relaciones hoy tan soliviantadas entre el capitalista y el bracero. En otra parte el Precursor dice á los soldados que *no opriman á nadie y vivan contentos con sus sueldos* (San Lúcas III. 14), condenando á la vez la tiranía y la ambicion militar. Luego considero al Hijo del Hombre viviendo de limosna (San Lúcas VIII. 3), es decir en un estado en que continua y doblemente se sanciona la propiedad por aquel que pide y por aquel que dá.

El pasaje mismo en que más se apoyan algunos para declamar contra la propiedad y contra la desigualdad de caudales, es un público testimonio de lo contrario. Oidlo.

Un jóven muy rico preguntó á Jesús en cierta ocasion (San Márcos X. 17): «Maestro bueno, ¿qué haré yo para conseguir la »vida eterna? Y dijóle Jesús. Bien sabes los mandamientos, No

»hagas adulterio. No mates. No hurtes» etc. Oígase bien »*No hurtes*. Pero el jóven le respondió: «Maestro todo esto he »guardado desde mi juventud. Y Jesús, poniendo en él los ojos, »le mostró cariño y dijóle (San Mateo XIX. 21): Si quieres ser »perfecto vé, *vende cuanto tienes y dálo á los pobres» etc.*

Vende le dice; es decir, ejercita el derecho de propiedad, transmítelo á otro. No le dice *reparte*, ni *abandona* sino *vende*, y *dálo* á los pobres; es decir, otro uso soberano de propiedad, *darla*. ¿Cómo pueden pues fundarse los socialistas en el Evangelio para atacar la propiedad? Luego añade Jesús: *Con cuanta dificultad entran en el Reino de Dios los que tienen las riquezas*. Y aqui hacen fuego los niveladores contra la desigualdad de caudales.

En efecto los discípulos (ni mas ni ménos que otros ahora) se asombraron de aquellas palabras. Mas Jesús respondióles otra vez diciendo: «*Hijos mios, ¡cuán difícil cosa es entrar en el Reino de Dios los que* CONFIAN en *las riquezas* » (San Márcos X. 24). Es decir que así como la pobreza *material* no es título bastante para ganar el Reino de los Cielos, sino la *pobreza de espíritu*, así tampoco es obstáculo la riqueza material sino la *confianza* en la riqueza: el esclusivo y egoista amor de ella que hace al hombre poner su corazon donde pone su tesoro (San Lúcas XII. 34).

¿Y qué diré de los que quieren en las máximas evangélicas hallar una derogacion ó una atenuacion de la ley de la familia?

¿En qué libro, aun literariamente considerado, hay cuadro doméstico más bello, más interesante, más tierno, más *simpático* (como ahora se dice) que el de la casa de Betania donde se hospedaba Jesús?

Aquella actividad de la hacendosa Marta, cuidando de todo; aquel arrobamiento de la estática María, sentada á los pies del divino huésped; la recíproca emulacion de ambas en servirle, la fiel amistad de Lázaro, la confianza de sus hermanas, la cortés solicitud de los vecinos y conocidos que acuden al duelo; el llanto del Maestro al ver ya cerrado el sepulcro de su amigo; el dicho de los circunstantes: «¡Mirad como le amaba!» No hablo, Señores, del portento que va á seguirse y que todos sabeis. ¿Pero esta narracion sola, aun aqui truncada, no es un *portento* de ternura doméstica? Una *portentosa* apología

del *hogar* y de la *familia*, aún allí donde no hay ni padre ni madre ni esposa!

¿Cómo, el hijo de Dios que pudiendo aparecer en el mundo por sí *solo*, como equivocadamente le aguardaban los Judíos, elige una familia á que pertenecer y nace hijo de María? El Mesías, que divide su vida mortal de treinta y tres años en dos períodos: los tres para la predicacion pública de su doctrina, y los treinta para la práctica doméstica de su obediencia filial; tres años para evangelizar al mundo transitando por él, haciendo bien y sanando á todos (Actos apos. X. 38), y treinta para santificar el hogar de sus padres, estándoles sujeto (San Lúcas II. 51); ¿este divino hijo del artesano será el fundador del sistema audaz y desnaturalizado, que se arroja á conmover en un dia la sociedad, y principia por disolver la familia?

Cómo, repito, el Maestro que interrogado maliciosamente sobre la obediencia á la organizacion política existente, toma la moneda y manda *dar al César lo que es de César* (San Mateo XXII. 21), ¡y á qué César, Señores, á Tiberio!, ¿será el que aliente á los que quieren negar toda autoridad y santificar toda rebeldía?

No, Señores: El expresamente lo ha dicho. «No vine á disolver la ley sino á cumplirla.» *Non veni solvere legem sed adimplere* (San Mateo V. 17).

No, mil veces; se cansan en vano los socialistas buscando en el sermon de la montaña el apoyo de sus doctrinas: allí no esta otra cosa que su reprobacion. Es vano intento hallar en el Hijo de María la disculpa de los utopistas... En aquella humana y divina persona todos tenemos modelo que imitar, todos hasta los reos condenados al último suplicio; todos en fin, ménos los orgullosos y rebeldes, porque fué *obediente* hasta la muerte y muerte de cruz.

Así, pues, los que dicen que del Evangelio se deduce la negacion de la propiedad, la disolucion de la familia, la protesta contra la autoridad, tengo para mí que no lo han leido ni siquiera como se lee una historia ó una novela; de otro modo es absurdo buscar en él los principios socialistas. Así lo ha dicho con verdad nuestro nuevo compañero; lo que allí existe son las razones con que se ha de combatir este antiguo enemigo, no solo del mundo cristiano sino del mundo moral; y aun por eso

cumpliendo con mi propósito, me he detenido algo más para examinar á la ligera el temple de las armas que nos darán siempre la victoria.

No sólo la conciencia humana primero, y luego la luz evangélica han vencido á los utopistas, como diría nuestro Donoso, á la parte allá y á la parte acá de la cruz, sino que la historia demuestra, segun ha concluido con elocuencia el Sr. Figueróa, *que ninguna influencia ejerce el socialismo en las grandes transformaciones de la humanidad, ni en el progreso, la mejora y la perfeccion de las sociedades.*

Pero hay más todavía: esa misma experiencia histórica acredita que á medida que los principios socialistas se infiltran en las sociedades políticas, su fuerza se enerva, decae, desaparece. La familia se aniquila en la corrupcion ó la esclavitud, el estado y la autoridad se convierten en anarquía ó despotismo. Quitad á la mujer, por ejemplo, el imperio sobre sí misma, la partipacion en la soberanía del hogar; y luego aparecerá el Budismo y el Mahometismo con sus humillantes consecuencias. Rebajad á la propiedad algunos de sus atributos; y no tardará el mas fuerte en llamarse señor de toda ella, de la material y de la moral, del patrimonio y de la conciencia. Ni se diga que este fenómeno es debido á la influencia de las antiguas creencias, que el cimiento ya socabado de las sociedades viejas no sirve para levantar edificios nuevos.

No, no es esto: yo se quien ha tomado una tierra vírgen y fecunda á la vez, donde ninguna tradicion antigua se conserbaba, donde ni la aurora, ni el crepúsculo de la cruz habian penetrado, que ningun pueblo viejo habia poseido ni era codiciada por ninguna nacion nueva.

En buen hora llegaron allá hombres nuevos acompañados de utopistas, resueltos, desembarazados de toda tradicion, de toda doctrina de todo temor.

El terreno está libre: trazad los cimientos de una nueva ciudad. El país está desierto: promulgad las nuevas leyes. Ningun dogma se ha predicado nunca: definid el vuestro. ¡Salud, nuevos fundadores de la religion y de la república; salud, colonos, legisladores, pontífices!

Pero no basta esto: el nuevo grupo socialista no ha emigrado del viejo hogar ni del antiguo mundo sin patrimonio; no,

ha llevado consigo lo que creia útil: ha tomado la teocracia egipcia, y el patriarcado hebreo; la poligamia de Arabia, las castas sacerdotales de la India; se ha llevado libros enteros, héroes, hasta ángeles de la Biblia; ha halagado los placeres como el Koran, ha creado pontífices y jueces como en la antigua Ley; apóstoles como en la nueva; obispos clero é iglesias, como en Roma; Lords, maires y cherifes, como en Lóndres. El corregidor es á la vez general y pontífice. Se pagan diezmos como entre los antiguos católicos; la poligamia se práctica en mayor escala que entre mahometanos. Llaman á su ciudad en fin la *Nueva Jerusalen*; á su hacienda, *El Tesoro del Señor*; á sus soldados, *la tribu de Dam*. Pero, Señores, con todos esos despojos del mundo antiguo, con toda esa feracidad y esa libertad del nuevo, ¿qué se ha logrado? Fundar una ciudad y una república, el estado de Huda y la nacion de los Mormones; la cual segun un diputado demócrata decia al Congreso Anglo-americano, podria envidiar la razon á un manicomio y la moralidad á Pentápolis. ¡Magnífico resultado! Pero no habia para que atravesar el Adlántico y subir las corrientes del Misisipi, para presenciar orgías semejantes á aquellas con que Juan de Leyden manchó la Alemania. No habia para que apellidar *tierra de promision* la orilla del Lago Salado, donde se edifique una ciudad, con el trazado que cubrieron para siempre muchos siglos hace las vengadoras ondas del Mar Muerto.

Termino aquí la parte histórica de estos desaliñados apuntes, no porque la materia este agotada, vacilante mi conviccion, ó cansada mi pluma, sino porque infiero que os ha de ser tediosa mi voz y á mí me es aflictiva la historia que recorro. Dos mil y quinientos años de experiencias no han desengañado á los utopistas; y al preguntar al Sr. Figueróa segun prometí, «donde tras larga lucha podremos sentar nuestros reales con seguridad de no ser inquietados,» temo que no halle sitio á propósito; porque los socialistas lo han corrido todo desde los pórticos de Atenas hasta las cataratas del Niágara.

¿Será pues insoluble el problema social?

No ciertamente; la solucion está dada y es satisfactoria, no solamente porque satisface segun el criterio del Sr. Figueróa ó el mio, sino porque llena las condiciones que á la ciencia exigia el mismo Platon, es decir: porque esta solucion está fun-

dada *en verdades absolutas*, *universales*, *eternas*, *independientes del tiempo y del lugar.*

Pero, perdonad, Señores: yerro el camino ó más bien retrocedo, si pido á los sábios y á los filósofos la resolucion del problema social: volved á vuestra casa, y en ella la dulce compañera de vuestra vida, ó aquella anciana que os llevó en su seno, ó el pequeñuelo que salta sobre vuestras rodillas os resolverán fácilmente estas árduas cuestiones: amar, creer, esperar, he aquí el gran secreto... El Cristianismo, hé aquí la solucion.

Ni os parezca su doctrina tambien utópica ó abstracta; no: de ella se puede decir lo contrario que el Sr. Figueróa ha dicho del socialismo.

El Cristianismo *ha ejercido decisiva influencia en las grandes transformaciones de la humanidad y en la mejora y perfeccion de las sociedades.*

Esta influencia se nota, por decirlo así, en las cuatro piedras angulares del edificio social.

El derecho individual.

La propiedad.

La familia.

Y la autoridad.

En cuanto al derecho, vedlo en las sociedades antiguas ó en las anticristianas; y lo hallaréis múltiple, local, efímero, y consecuencia de la política.

Vedlo por el contrario en la sociedad cristiana, con los caractéres opuestos: *uno*, *universal*, *inmutable*, y *principio de todo.*

Uno, con aquella sublime unidad que entreveia Sócrates y que os he referido en Platon; *uno*, porque definiéndolo y aplicándolo, decia San Pablo: *No hay ya judio ni griego*; *no hay siervo ni libre*; *no hay hombre ni mujer*: *porque todos vosotros sois uno* en Jesucristo (Epístola á los Gálatas Cap. III... 38).

Tabla de derechos sublime, marcada con el sello que caracteriza las obras de Dios, en que la unidad se hermana con la variedad, la universalidad se junta con la individualidad, y la dominacion sobre todos no empece á la libertad de cada uno.

Yo diria con Lacordaire, á quien sigo, que he encontrado alemanes en Alemania, Italianos en Italia, Españoles en España; pero que el ciudadano de la humanidad sólo lo he encontrado en el Evangelio.

Hallado, pues, el derecho *uno* y el derecho *universal*, fácilmente se descubre el derecho *inmutable*. Será aquel que no ceda á la accion del tiempo, ni se refiera á personas é intereses variables. Pues bien, este sublime derecho, se refiere á intereses y relaciones que subsistirán miéntras subsista el hombre en su peregrinacion sobre la tierra.

El se endereza á amparar la debilidad contra la violencia, el pondrá la modestia á cubierto del orgullo, la pureza en seguro de la concupiscencia, el sano al servicio del enfermo, y hará del jóven el báculo del anciano.

El derecho asímismo ántes ó fuera del evangelio es *consecuencia*. Para consolidar el imperio ó la república, la teocracia ó la oligarquía, se sancionaron leyes que dividen en más ó ménos castas nuestra especie, que restringen ó amplian la libertad, que garantizan más ó ménos la propiedad individual y colectiva, que dan más ó ménos consistencia á la familia, en una palabra, más ó ménos dignidad al hombre.

Pero en el país de la Buena-nueva y de la Santa doctrina, el progreso hácia la perfeccion humana y la imitacion de la perfeccion divina, son las leyes cardinales, los polos que gobiernan la Sociedad; son, en fin, el *principio* del cual, como corolarios, se derivan las múltiples formas del Gobierno de los Estados. Este derecho, en fin, *uno*, *universal*, *invariable* y *principio*, ¿con qué divina prudencia y soberana majestad está promulgado? Sus leyes no toman la forma exigente y egoista de *fueros*, sino la forma generosa y caritativa de *deberes*.

No nos dice que tenemos el *derecho* de ser amados, sino que tenemos el *deber* de amar.

Pero como este *deber* lo impone al rico, en él se funda el *derecho* del pobre. *Respeta*, le dice al desválido; está es tu ley: pero de aquí se origina la *obligacion* de *proteger* que impone al poderoso.

¡Oh sublime y verdaderamente divina ley! ¡Oh balanza á la vez nimia y amplísima en que no pesa más el alcázar que la cabaña y donde el lirio del campo y la florecilla del heno valen tanto como los cedros del Libano!

Igual influjo que en el derecho ha ejercido el Evangelio en la propiedad. Los legisladores antiguos, ó los que en tiempos modernos tapan la luz evangélica con la pantalla de su codicia

no han comprendido la humanidad sin la esclavitud. La esclavitud de Solon ó de Licurgo, de Numa, de Confucio, de Mahoma, prueban que en aquellas civilizaciones la cuestion de propiedad es cuestion de raza y de fuerza: cubrid el suelo con vuestro yugo y os pertenecerá todo; porque el hombre no es más que una herramienta para el cultivo del terreno, una rueda más para el movimiento de la industria.

¡Ah, Señores, si yo pudiera decir algo de lo que he visto en los poblados talleres de la opulenta Manchester!

El Evangelio por el contrario hace á todo hombre propietario; porque le hace árbitro y dueño de su trabajo: esto es, de un capital que no sólo le es propio, sino necesario además para que la agricultura florezca y la industria prospere.

Ni basta eso: por el mismo sistema con que se aseguró á cada cual el fuero de ser amado, prescribiendo á todos el deber de amar, ahora se confiere á un mismo tiempo al pobre el deber de amasar el pan con el sudor de su frente y el derecho de ser atendido en sus miserias, que son las miserias dela humanidad toda. No habrá ya niños deformes que arrojar al rio, ni ancianos decrépitos cuya vida se abrevie. Tendrá el desvalido la propiedad de su trabajo, porque es libre, tendrá además la propiedad de lo que el rico no necesite, porque el rico es su hermano y su administrador.

Si por ventura no os contentais con lo primero, porque os parece penoso, ni con lo segundo, porque lo teneis por humillante: ved aquí una propiedad nueva conferida al pobre, la del *respeto*, casi se puede llamar *culto*, la de una envidia santa (dejad que la llame asi) que inspirará, la de una imitacion sublime, que de sus miserias mismas prescribe el Legislador de la Montaña.

Españoles somos; volvamos los ojos á aquel caballero nobilísimo de la fiera Cataluña, de la casa orgullosa de los Armengoles, que dá su libertad para comprar la de sus prójimos cautivos.

¿Hablamos la lengua de Cervantes? Pues preguntemos: ¿Quien lo sacó de las mazmorras de Argel?

He aqui el problema de la propiedad resuelto por el Evangelio. Que la esclavitud cese. Que el pobre sea *dueño* absoluto de su trabajo: que sea además partícipe privile-

giado del patrimonio del rico, y en fin objeto principal de su respeto.

Ah Señores, apartáos de estas soluciones y hallareis lo que yo he visto en las herrerias de Sheffield en las Work-Houses de Lóndres: lo que las prensas de Inglaterra y América denuncian diariamente, máquinas de carne y hueso, Blancos-negros de una civilizacion egoista.

Me duele, Señores, no poder decir sin impiedad que el problema social, en cuanto hace relacion con la organizacion de la familia, ha sido resuelto por la filosofía cristiana con *mayor* acierto. No es posible el más ni el ménos en quien es Verdad absoluta, Justicia infinita, Bondad inagotable: pero dejadme que os diga que aquí el acierto es más perceptible, que sus consecuencias penetran más hondamente en nuestro corazon. Ya el Sr. Figueróa os ha dicho cuál era el bello ideal de Platon, en cuanto al papel del padre de familia, en cuanto al lugar que en la casa y en la república pertenece á la mujer, en cuanto se refiere al amor conyugal, á la crianza y educacion de los hijos, á lo que con cierta propiedad en fin ha llegado á llamarse, santuario del hogar, religion de la familia.

¿Cómo, os habréis preguntado vosotros mismos al oirlo, un entendimiento tan alto, un corazon tan recto miraba como perfeccion, en vez del matrimonio, una especie de lotería anual; confiaba los hijos de todos á una nacional inclusa? Es, Señores, que aun eso era una mejora... Una lotería es verdad; pero entre sorteo y sorteo, el hombre no estaba impuesto como un tirano, y la mujer no vivia esclava entre la degradacion y los celos. Una inclusa... es verdad, pero en ella por lo ménos no pesaba el derecho de muerte sobre aquellas infelices criaturas. Penetrad, penetrad en la familia anticristiana y vereis lo que son las tres entidades que constituyen toda familia, á saber el padre, la madre, el hijo.

El padre no es más fuera del cristianismo que el autócrata del hogar: representante en él de la fuerza, dueño de vida y honra de cuanto en él respira, puede vender la mujer como la yegua, matar al hijo como al corderillo.

La mujer, no es la compañera sino la primera esclava, no depositaria del honor, sino de la sensualidad; y aun eso en comun con otras rivales; obedece, sirve, se humilla ante su com-

pañero, sin mandar siquiera sobre el hijo á quien da el ser.

Este á su vez no es libre en su vocacion, ni aun dueño de su vida.

El cristianismo solo resuelve de un modo contrario esta parte del problema social.

El padre sin dejar de ser rey será maestro, apóstol, en cierto modo *Mesías*, para que engendre no sólo el cuerpo sino el alma: y para que guie su pequeño pueblo hácia el reino que no tiene límites. No representa la fuerza, representa la *Providencia*... En el paganismo era el *dictador*; en el cristianismo poco le lisonjea quien le llama rey, puesto que Dios mismo antepone á todos sus divinos nombres el de Padre.

La Madre participa y comparte su soberanía por misteriosa manera; de tal modo que el amor la hace á la vez soberana y esclava: ella lleva la triple corona del respeto, de la abnegacion y de la maternidad, y la tres veces remachada cadena del honor, de la religion y del interés.

La dignidad de la doncella cristiana, que no es vendida á vil precio á la sensualidad de un hombre, sino que se da ante el altar libremente á un esposo: la santidad de la esposa cristiana, que no está encerrada como un animal indómito y cuya vista puede dar la muerte; que no comparte con otra el lecho y el pan de su comun señor, sino que impera en su compañía por derecho propio sobre el hogar, y reina sobre su corazon por conquista de ternura y de amor: la sublimidad, en fin, de la madre cristiana, que vive en sus hijos y que les transmite con su ser su creencia, con su sangre su esperanza, con sus inagotables caricias el tesoro tambien inagotable de ternura y de amor.

Estos tres caractéres, digo, de dignidad, de santidad y de maternidad son para mí de tal naturaleza, que no he podido comprender nunca como hay mujer que conociendo el verdadero sol del cristianismo, se deje alucinar por lucecillas embusteras; y como la mariposa vuele y vuele en derredor suyo para perder el oro misterioso de sus álas, y la gracia de sus movimientos y al cabo la vida y el alma.

Cada vez, por el contrario, que veo los extremos, si se quiere exagerados, del *devoto femineo sexu*, no puedo ménos de decir *tiene razon*. Sí, pobres mujeres, vosotras al cabo de diez y nueve siglos conservais el puro depósito de gratitud hácia la

doctrina que os ha dado libertad sin vilipendio, hogar sin esclavitud, amor sin degradacion.

No se necesita volver los ojos á la historia, basta mirar en derredor nuestro á los pueblos que no tienen la cruz en sus blasones ó que no la siguen en sus códigos. ¿Cuál es allí la condicion, el timbre de la mujer? La esclavitud en el hogar ó la corrupcion en las costumbres, que es un género de servidumbre más oprobioso.

Porque la primera sujeta al cuerpo con la cadena, y al alma con la ignorancia; la segunda hunde el cuerpo en la podredumbre, y el alma en la estolidez. La esclava de la ley mueve á lástima; la esclava del error voluntario ¿qué há de inspirar sino desprecio?

La última piedra angular del edificio social es la *autoridad*: sobre ella como en los antiguos alcázares se alza una torre igualmente sólida, pero más alta, más visible que las demás; torre verdaderamente del *homenaje* que no da á las otras peso ni aun sombra, sino defensa.

Deja al indivíduo su derecho, su libertad: deja á la propiedad su inviolabilidad: á la familia su santidad, y guarda para sí el *respeto*; ese afecto nobilísimo del alma, que ocupa el medio entre el amor y la veneracion; ese culto que damos á la hermana de la caridad, no porque sea jóven ó bella, sino porque es virtuosa; al héroe, no porque venga armado ó sea fuerte, sino porque es valiente; al anciano no porque esté constituido en dignidad, sino porque recuerda los años que pasaron y anuncia el sepulcro que nos espera: al magistrado, en fin, sea rey ó cónsul, no porque disponga de la fuerza, sino porque está constituido en *autoridad*. El *respeto*, único miedo que inspiran los hombres pacíficos y que pueden sentir los valientes.

La *autoridad*, señores, medio y vínculo entre Dios que es justicia y poder sumo y el hombre que es pasion y flaqueza miserable, ha sido considerada de dos modos diferentes. En Oriente la creen inenajenable de la divinidad; por eso fué su sociedad teocrática. De aquí las razas sacerdotales, los misterios de la India y del Egipto, la esclavitud, la idolatría.

En Occidente la humanizaban demasiado; por eso fué efímera. No puedo detenerme, pero vosotros lo sabeis; la más grande

personificacion de la autoridad en Occidente, fué el Senado de Roma: aquella asamblea de reyes, aquel Olimpo humano de donde salian cónsules y dictadores; caudillos que volvian á su silla senatoria, trayendo una provincia más al Pueblo, y un héroe, un semidios más al Senado. ¿Pero cuánto duró? ¿Qué dejó tras sí? Duró la tercera parte poco más ó ménos que nuestra Monarquía. Dejó tras sí el imperio de los Tiberios y los Calígulas, es decir, una cosa más abyecta y dura que los Enrique IV y Cárlos II. Si no fuese más que eso el principio de autoridad, el socialismo tendria razon en combatirlo. Porque segun el dicho de un gran pensador, como la sociedad no es hija de la violencia sino de la inteligencia y de la libertad, no puede respetar sino á lo que emane de ese doble orígen. No puede fundarse en la *fuerza* sino en la *autoridad*. Por eso el cristianismo ha modificado esencialmente la autoridad antigua. El ha dicho á los pueblos: levantad de entre vosotros el depositario humano del poder social, llamadlo Emperador ó Presidente, Rey ó Cónsul, Democrácia ó Aristocrácia. Si poneis en sus manos la balanza de la justicia y la vara del Gobierno, yo impondré sobre él mi mano... habladle vosotros de vuestros derechos... yo le enseñaré sus deberes: porque el nombre de poder que vosotros le deis no ha de alterar la esencia de Padre que yo le imponga; para mí será el elegido y representante de la sociedad; para vosotros, si sois cristianos, ha de ser el representante de Dios. *Per me reges regnant*. Sí, el cristianismo que ha hecho de cada hogar un reino independiente, hace tambien de cada Soberano un Padre de todo un pueblo.

Si concretamos más este hecho social, si estudiamos sólo el principio de autoridad en la *Monarquía* cristiana, veremos que el Supremo legislador no eximirá al depositario de su poder de las humanas desventuras, bien así como El aceptó los dolores humanos; pero le mandará que viva *crucificado en el trono* (segun el dicho de un poeta) para que Dios pueda por él y con él *reinar desde la Cruz*.

De aquí nace ese sublime comercio de paternal solicitud y de filial confianza que caracteriza la monarquía verdaderamente cristiana, y especialmente la monarquía católica de la democrática España.

Mucho aguardo y deseo que vean mis nietos, pero dudo que

puedan contemplar figura más sublime que la de Fernando III, vencedor de cien batallas, conquistador de tres reinos; que con la soga al cuello de hinojos, en la ceniza, al pié de su lecho de muerte, recibe al supremo Juez de cuyo poder ha sido depositario.

Permitidme que os cite otro ejemplo: Isabel I, aquella que extendió su imperio más que Alejandro y que César, sin embargo, no se tuvo por divina ni se hizo pontífice, ántes bien, á menudo se postraba ante Dios y confesaba á su ministro sus culpas y lavaba sus manchas. No tuvo ella por indigno el segundo puesto que se reservó en su hogar; ni sintió orgullo ó melancolía al extender su imperio hasta los verdaderos límites del mundo, en las Indias occidentales. Porque en ello dice *su intencion fué la de procurar inducir y traer los pueblos dellas á nuestra santa fé católica é les enseñar é doctrinar buenas costumbres*: y por eso encarga *á sus* hijos y sucesores que *non consientan ni den lugar que los Indios, vecinos y moradores de las dichas Islas y tierra firme, ganadas ó por ganar reciban agravio alguno en sus personas y bienes:* mas *mando* (fuerza de expresion no usada en todo aquel escrito), *mando que sean bien y justamente tratados.*

¿Pero de dónde son estas dulces frases estos sublimes mandatos? ¿Acaso de alguna proclama ó provision aderezada á desarmar las turbas ó entusiasmarlas: acaso de un documento de cancillería amañado para burlar la suspicacia de los diplomáticos? No: quien así habla está en su lecho de agonía; eso está dictado en un codicilo firmado el dia mismo de la muerte, en la aurora de la eternidad; pocas líneas despues de encomendar á la tierra su cuerpo y pedir al Rey de Reyes que no la juzgue segun sus propios pecados, sino segun la infinita misericordia. Ni es un escrito conocido sólo de los eruditos ó fantaseado por los cronistas: el documento existe en nuestros archivos públicos y está copiado en la historia nacional; es el codicilo de Isabel I, otorgado en Medina del Campo, y lleva la fecha de 23 de Noviembre de 1504, es decir; el dia mismo en que perdió España el más grande de sus soberanos, la más fiel de sus personificaciones, la Reina no sólo en título sino en espíritu y en verdad *Católica.*

Si de invenciones se tratára yo desafiaría á los más dotados

de imaginacion, á que organicen y combinen un espectáculo á la vez más sublime y más humilde, más regio y más *democrático* que el que estábamos acostumbrados á ver cada año.

Habia un dia en que el Soberano de una gran nacion se ponia de rodillas ante la cruz, y allí se le presentaban unos enlutados legajos, sentencias capitales de algunos culpados, y el Rey besando el suplicio del gólgota, tendia la mano y decia *yo los [perdono... para que Dios me perdone:* se confiesa reo al mismo tiempo que obra como Rey.

Verdad es que la víspera de este dia tomando en sus manos no el cetro y el estoque, sino el jarro y la palangana, ciñéndose no el manto de la magestad ó la espada de la fuerza, sino la tohalla de la servidumbre, se habia arrodillado ante doce mendigos, y les habia lavado los pies, y se los habia besado y les habia *servido* á la mesa.

Ahora bien, yo os pregunto: si el sacerdote ó el cónsul de la antigua Roma al trazar el surco de circumbalacion ó poner mano al arado, consagraban una colonia y enaltecian la agricultura, estos actos consuetudinarios de la monarquía cristiana ¿no consagrarán la pobreza y enaltecerán la humildad?

No: os digo yo, no, os dice la influencia de la buena nueva: la humildad y la pobreza no han menester eso porque son las dueñas de la tierra y las herederas del cielo. Quien á sí propio se engrandece es el rey que confesándose reo y sirviendo como hombre, usa los atributos y ejerce los oficios de la divinidad humanada.

Ni creais sin embargo, como algunos falsamente arguyen, que este ejercicio continuo de la humildad, esta confesion repetida de la propia miseria, enerve el ánimo y gaste la energía ni del magistrado, ni del padre, ni del propietario, ni del indivíduo. Ni aun siquiera de la mujer.

¿Por ventura la orgullosa vestal, y la impúdica sacerdotisa son mas fuertes que la Hermana de la Caridad, que *voluntariamente* renuncia en Dios todos los placeres de amante y de esposa, y que, sin embargo, en una inclusa, en un asilo, se hace madre de millares de huérfanos; que borra su quizá ilustre nombre y renuncia á su hogar paterno, y que á pesar de eso sigue á los guerreros en el campo para curar sus heridas y tiene por casa y por cláustro la sala de un hospital?

¡Fortaleza varonil! Pues qué ¿es mayor energía la de Junio cuando vé la segur del lictor sobre sus hijos cuya conducta sabe que es criminal y de cuya vida se cree árbitro, que la de Guzman cuando sacrifica á su hijo inocente y cuya existencia no es su propiedad sino su embeleso?

Bruto, que se finge loco por rematar una hazaña grande en verdad, pero hermanada con su venganza y coronada con la suprema magistratura; Curcio, que en un arrebato de patriotismo se lanza á galope en una sima.... ¿serán más sublimes que Juan de Dios que se finge loco por amor divino y que se lanza toda su vida á la sima de un hospital, para asistir á los verdaderos dementes y curar las llagas que la moral y la vista misma arrojan de la sociedad?

Y si de matronas romanas me hablais, de la madre de los Gracos, de las esposas de Esparta, yo no os recordaré más que lo que vuestras mismas madres quizá hicieron en Zaragoza y en Gerona.

He concluido, Señores: perdonadme si os he cansado, discurriendo además por terreno estraño á mis conocimientos. En él no he cogido espigas, ninguna me ha dejado el Sr. Figueróa. Tampoco he podido hallar rosas; porque no es campo de flores sino campo de batalla. Algun laurel os he pedido para los grandes hombres que como Platon han sucumbido en la tremenda empresa. Os he llamado la atencion hácia el recio combate que se ha reñido y aun se riñe todavía por las cumbres del Cristianismo. He querido, aunque débil, ensayar el temple que dan á las armas de la discusion el fuego vivo de la fé y el raudal puro del Evangelio. Y llegando en fin cansado y herido al sólido y elevadísimo alcázar que hace mas de 19 siglos defiende los destinos de la humanidad, os lo he hecho ver en sus cuatro torres angulares, el derecho, la propiedad, la familia y la autoridad.

En cada una de ellas (ved si es liberal y noble y bueno el ingeniero) se defiende y guarda una debilidad: en el derecho, la debilidad del proletario y hasta del esclavo; en la propiedad, la debilidad del jornalero y del mendigo; en la familia, la debilidad de la esposa y del niño; en la autoridad, la debilidad de todo el que no tiene más fuerza que la ley y la razon.

Trazado admirable, Señores, que revela la divinidad á la

vez y la humanidad de su autor, y que pudiera compendiarse en una sola palabra: Amor, esto es Caridad.

¿No es verdad mi dignísimo y docto compañero, que resuelto así el problema social, podemos decir: *Bonum est nos hic ese*?

Quedémonos aquí.

Sin embargo, Señores, en medio de tantas miserias remediadas, de tantas humillaciones ennoblecidas, de tantas debilidades hechas poderosas, una sola debilidad no ha hallado disculpa: *la debilidad de conciencia*.

Veinte siglos van á cumplirse que el mundo civilizado, no sólo el católico, recuerda con menosprecio diariamente y repite en todas las lenguas por millones de bocas el nombre de aquel miserable Presidente Romano, de aquel magistrado *débil*, que no supo sacar á la luz su opinion, y quiso *transigir con su conciencia*.

Por eso, Señores, yo no transijo con la mia. Allá en mi juventud, católico y poeta y ciudadano, con mayor fuerza, pero no con mayor fé, amé y seguí el culto de mis padres; pero no le sacrifiqué mi entusiasmo por las libertades públicas, que celebré con mis cantos y defendí con las armas.

Hoy, ya encanecido y helado por la edad y por los desengaños, mi amor á las instituciones representativas no se ha entibiado; pero ¿quién pretenderá que yo le sacrifique, al borde del sepulcro, la confesion paladina y resuelta de la fé que recibí en la cuna y que arde viva en mi corazon?

En mi juventud me hablaban de una tiranía durante siglos arraigada; de masas armadas y serviles... Y yo no hallaba á eso más que un remedio: la religion y la libertad, la libertad que pone barreras á los soberanos y vigoriza los pueblos. Ahora me amenazan con cesarismos desapoderados, con turbas ansiosas de repartimientos... Y yo no encuentro más medicina que la libertad y la religion, la religion que así se compadece con la república aristocrática de Venecia, como con la democrática de Boston, que llama su hija primogénita á la Francia imperial, y no rechaza á la representativa Bélgica, que brilla lo mismo en los triunfos de la España del siglo xvi que en los martirios de la Polonia del xix.

Sé bien que dos escuelas enemigas entre sí, están, sin embargo, de acuerdo en declarar incompatibles la religion y la

libertad: yo respeto sus creencias, y solo exijo tolerancia á las mias.

En mi concepto, esos dos extremos nos llevan ó á la impiedad que es la anarquía y la servidumbre del alma, ó al despotismo que es la idolatría de la política. ¿Qué he de hacer, vuelvo á decir? Pedirles que me toleren, nada más.

Sí, algo mas haré: dar gracias á Dios que ha conciliado en mi razon esos dos principios; y ha hecho mi corazon bastante ancho para que quepan en él la religion y la libertad.

Yo no tengo, tampoco como Platon, una doctrina pública y otra privada; la Exotérica y la Esotérica: lo que digo yo en mi retiro, lo público sobre el tejado; y lo que abunda en mi pecho, sale á mis lábios.

Obrar de otro modo, y aquí donde se da culto ante todo á *la verdad, á la justicia y á la belleza* moral, fuera agraviarme á mí mismo, á la Academia; y á vosotros sobre todo, Señores, á vosotros que con ser españoles sois por muchos títulos dignos de oir la verdad.

La verdad es que, como el Sr. Figueróa ha demostrado, los principios socialistas no han hecho progresar á género humano.

La verdad es, como yo he querido demostrar, que el gran problema social sólo se resuelve con el cristianismo.

La verdad es, en fin, como acredita nuestra historia, que el prototipo del gran patricio español es aquel que, dando cabida en su corazon á las libertades patrias y al dogma sacrosanto, sabe pelear como caballero y morir como cristiano.